Heraldos del Evangelio

Número 232
Noviembre 2022

Gobierno terrenal, vocación divina

La más bella alianza de heroísmo y santidad

Ora en la vanguardia, ora en la retaguardia de la hueste, presente siempre donde el riesgo era mayor, Nuno Álvares resumía en sí el genio, el alma, el corazón mismo de mil hombres, que latían al compás de su corazón plácidamente impulsado por la fe.

Tenía entonces 25 años, pero la grandeza de los sentimientos, multiplicada por el tiempo, le daba la edad de un hombre maduro. Siempre alegre, siempre sereno, siempre el mismo, aparecía en las mayores crisis gracioso y mesurado, pero irónicamente enérgico y decidido. La obediencia que le tenían se componía al mismo tiempo de miedo y amor. […]

Reproducción

San Nuno Álvares Pereira, de Charles Legrand - Biblioteca Nacional de Portugal, Lisboa

No había quien mejor supiera imponerse riendo, llevando a su prójimo a sometérsele a su antojo; no había hombre más particular y meticuloso en las menudencias de la guerra, corrigiendo, enmendando, interviniendo siempre y viéndolo todo por sus propios ojos, que tenían, con la amplitud del águila, la agudeza del lince.

La guerra no era para él una pasión, ni el combate una embriaguez, ni la gloria un fin. La guerra era sólo el medio para llegar al destino de la redención del reino; y la gloria sólo la vio seductora en las revelaciones del Cielo, hacia donde su alma piadosa batía sus alas con permanencia. […]

Todo para él era religioso, desde las costumbres privadas hasta la disciplina guerrera, el culto a la patria, el amor al rey y, finalmente, la vida misma, que había entregado a una misión trascendente. Por eso, respirando una atmósfera de ideal, su rostro se iluminaba con una aureola de alegría, a veces irónica, y sus manos se abrían siempre para derramar a su alrededor el maná de la bondad piadosa.

De todo lo que la crónica nos cuenta de él, ha de inferirse que la especie humana nunca ha producido un ejemplo más bello de la alianza del heroísmo y la santidad: nunca, por tanto, los hombres han visto enlazadas de esa forma las dos agujas culminantes que se elevan de la tierra para entrar en los Cielos…

OLIVEIRA MARTINS, J. P.
«A vida de Nuno Álvares».
Lisboa: Antonio María Pereira,
1893, pp. 303-305.

Heraldos del Evangelio

Año XX, nº 232, Noviembre 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:

Urbanización Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y
Huirachuro 1er. p. A – Quito
Telefaxs: (02) 2258840 – (02) 2442585
(02) 6003856 – (02) 6003857
Celular y WhatsApp: +593 98 517 4781 (C)
+593 99 857 1370 (M)
www.heraldos.ec

Suscripciones:

Ecuador:
Quito: Urb. Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y
Huirachuro 1er. p. A
Tel. (02) 2442585
Celular y WhatsApp: +593 95 869 7393 (C)

Uruguay:
Lanús 5880 - Montevideo
Tel. (598-2) 2321 4963
fatimauy@adinet.com.uy

México:
Calle Santiago # 262 - K
San Jerónimo Lídice - Alc. Magdalena Contreras
C.P. 10200 - Ciudad de México
Tel. 55-2591 9161
heraldos@heraldos.org.mx

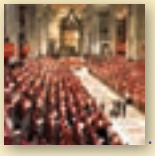
República Dominicana:
Calle Lorenzo Despradel No. 59,
La Castellana, Santo Domingo,
República Dominicana
Tel.: 1-809-227-7265
WhatsApp: 1-809-549-7695
Email: heraldosrd@gmail.com

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

Sumario

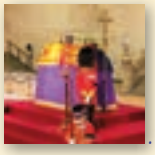
Escriben los lectores 4

La inmortalidad de la Contra-Revolución (Editorial) 5



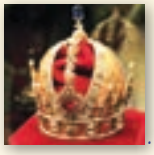
La voz de los Papas – Germen del Reino de Cristo en la tierra 6

Comentario al Evangelio – El reinado de Cristo es irreversible 8



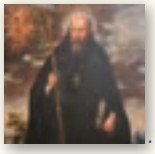
Isabel II de Inglaterra – La humanidad se despide de la reina 16

Fidelidad rectilínea 20



Las coronas más hermosas de la cristiandad – Más que joyas…¡un eslabón con el Cielo! 22

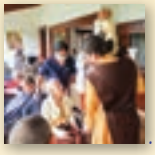
El verdadero modo de ejercer la autoridad 26



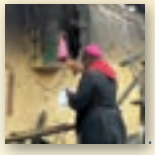
San Columbano – «Hasta hoy la tierra brilla con su resplandor» 30

La guerra de Canudos – De las calumnias a la destrucción 34

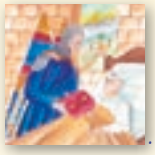
Bondad y compasión extremas 38



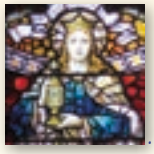
Heraldos en el mundo 42



Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... – El monje descuidado 46



Los santos de cada día 48

Humilde ante la Grandeza, materna con el pecador 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.ec**

Escriben los lectores

Artículos y reflexiones sobre el santo Evangelio

Agradezco sinceramente a los Heraldos del Evangelio la deferencia que han tenido con este sacerdote de 84 años al enviarme sus artículos y reflexiones sobre el santo Evangelio y nuestra bendita Madre del Cielo, la Santísima Virgen María. Cada día los tengo presentes en la celebración de la santa misa.

Igualmente, tengo una gran devoción a mi querida mamita Dña. Lucilia Côrrea de Oliveira. Dios quiera que pronto se inicie el proceso de su beatificación. Saludos y bendiciones.

P. Hugo Pantoja Tapia
Valparaíso – Chile

Artículos sobre la vida de Dña. Lucilia

Mi marido, Francisco Timoteo, está suscrito a la revista *Heraldos del Evangelio*; y yo he leído todos los artículos sobre la vida de Dña. Lucilia.

En mi trabajo tenía un problema de difícil solución, que me preocupaba mucho. Le hice una novena a Dña. Lucilia para pedirle que me ayudara a arreglarlo. El Señor escuchó las oraciones de Dña. Lucilia y me concedió la gracia: el problema se resolvió, y mucho mejor de lo que yo había pedido.

Según lo prometido, comunico esta gracia a su revista, como testimonio de las luces de la intercesión de Dña. Lucilia.

Claudia Santos
Tomar – Portugal

María: el gran premio de los que perseveran

Precioso relato de la Creación, en la historia *¡Benditas las estrellas que te vieron pequeñita!*, cuya fineza y delicada narración refleja la belleza insondable del Creador; y cómo remata el relato al encumbrar, con un final apoteósico, la postración ante Nuestra Señora de todo el firmamento, que es el gran premio para los que perseveran.

Indiscutiblemente, para poder perseverar y lograr el premio, recuerdo las palabras del Padre Pío: «En medio de mi indignidad, soy un hijo de la Virgen, Ella me da el oxígeno para vivir, soy tan sólo un velero empujado por su soplo y aunque haya grandes tempestades nunca me siento inseguro». Enhorabuena por el artículo.

María Ascensión Simón Paricio
Vía revistacatolica.org

Tesoros preciosos

¡Qué historia tan singular la de Santa Juana de Lestonnac! Nos hace sentir la falta de esos santos que no conocemos… Que Dios nos dé hombres y mujeres con una santidad igual o mayor que la de Santa Juana.

Gracias al equipo editorial de los Heraldos por proporcionarle tesoros tan preciosos a la gente común.

Jussara Brenda
Vía revista.arautos.org

Que venga el auxilio divino por medio de hombres providenciales

Hace años que recibo su revista, la cual me parece muy interesante. Pero en el número de julio tuve el placer de leer con gran interés lo relativo a la figura del duque de Alba, sus habilidades y sus misiones. Lo mismo se puede decir con respecto a María Antonieta y a Santa Teresa del Niño Jesús.

Les felicito por la disertación sobre temas útiles y atrayentes. Y espero sinceramente que, en un momento de dificultad como este en el que vivimos, también en esta ocasión venga el auxilio divino por medio de hombres providenciales. De lo contrario, se presagia una catástrofe humanitaria a nivel mundial.

Una vez más, mi enhorabuena por esa edición.

Giuseppina Ferraro
Italia – Vía correo electrónico

Intercesión de Dña. Lucilia

Soy chileno, he colaborado en distintas actividades de la iglesia de mi ciudad y quiero expresar aquí que me impresionó profundamente la historia narrada en el artículo *Irremediable accidente, prodigiosa curación*, que es real. Cada detalle nos ayuda y nos da luces para saber cómo enfrentar las dificultades.

Conozco a dos personas que recibieron sendos milagros, con pareceres de médicos, por la intercesión de Dña. Lucilia. Y desde que entró en mi familia, ha hecho milagros extraordinarios.

Gracias por su publicación, que me llegó en un momento muy oportuno.

Rodrigo Silva Molina
Vía revista.arautos.org

Leer la revista nos ayuda a fortalecer nuestra fe

¡Qué historia tan espectacular la de Luis XVII! Digno de admiración. Cada artículo de la revista, con su estupenda redacción, nos transporta a los lugares descritos y aumenta el deseo de conocer más sobre estos personajes que tan buen ejemplo nos han dejado.

Gracias también, Hna. Patricia Villegas, por el artículo *La promesa de Abrahán en las manos de una mujer*, ¡cuántas enseñanzas nos aporta! Sin duda alguna, leer la revista nos ayuda a fortalecer nuestra fe.

Ana Camino
Vía revista.arautos.org

La inmortalidad de la Contra-Revolución

Santo Tomás de Aquino enseña que «gobernar no es más que encaminar una cosa el que la gobierna a su conveniente fin» (*De regno ad regem Cypri*. L. I, c. 15). Ahora bien, cada comunidad —familias, ciudades, naciones— tiene su idiosincrasia y, por tanto, sus propios medios para conquistar el bien común. Todas, no obstante, deben conducir al único bien último trascendente, es decir, a Dios.

Además, hay que mantener la distinción entre el ámbito de la Iglesia y el del Estado: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21). En esta afirmación el Señor no apunta hacia un secularismo antirreligioso, ni mucho menos hacia una religión hostil al Estado. De hecho, como subraya San Pío X en la Carta apostólica *Notre charge apostolique*, «no se edificará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos». La civilización cristiana fue concebida precisamente para «instaurarlo todo en Cristo».

Sin embargo, no todo estilo de gobierno es compatible con la fe católica; más bien, algunos pueden incluso ser antagónicos. San Agustín distinguía la ciudad de Dios de la ciudad del demonio, así como el pueblo fiel del infiel, el que vive por la fe o contra ella.

En las tres grandes revoluciones —la protestante, la francesa y la comunista— encontramos esta incompatibilidad: Santo Tomás Moro, por ejemplo, no vendió su alma y prefirió la muerte a aceptar la corrupción de Enrique VIII de Inglaterra; las mártires carmelitas de Compiègne subieron ufanas al patíbulo cantándole al Espíritu Santo, que todo lo gobierna; finalmente, innumerables inocentes fueron asesinados por el bolchevismo, una «religión política» que pretendía reemplazar a la Iglesia.

Tales flagelos no fueron reservados sólo a Europa. En México, la Ley Calles de 1926 impuso la mayor persecución anticatólica que jamás hayan visto las Américas. Gritos de «¡Viva Cristo Rey!» precedían a los estampidos de los fusiles que se cobraron la vida de miles de mártires cristeros. Estaban convencidos de que más valía morir por el Rey de reyes que arrodillarse ante un déspota.

Hoy, en pleno siglo XXI, época en que los hombres se jactan de haber alcanzado la libertad, la igualdad y la fraternidad, datos probados señalan que uno de cada siete cristianos en el mundo sufre persecución. Y lamentablemente ésta no tiende a enfriarse…

Pero no hay razón para desanimarse. Si, en La Salette, la Reina del Cielo y de la tierra predijo una crisis en la propia Iglesia y, en Fátima, profetizó que Rusia esparciría sus errores por el mundo y muchas naciones serían aniquiladas y los buenos martirizados, también aseguró: «Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará».

De hecho, como afirmaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, en cualquier parte del orbe donde haya un sacerdote, y hostia y vino para consagrar, todo puede ser restaurado. El motor propulsor de la Contra-Revolución no se encuentra en la política, en conchabanzas o en la demagogia, ni tampoco en una Iglesia sumisa a los dictámenes del mundo, sino en la fuerza del alma fiel, en los héroes, en suma, en los santos. Sólo ellos vencen, porque, aun muriendo, siguen viviendo; son inmortales. ✧

Detalle del retrato de Carlos X, rey de Francia, de Henry Bone - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Foto: Reproducción

Germen del Reino de Cristo en la tierra

La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos.

El Padre eterno, por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina, y como ellos hubieran pecado en Adán, no los abandonó, antes bien les dispensó siempre los auxilios para la salvación, en atención a Cristo Redentor, «que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura» (Col 1, 15). […]

Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los Cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención. La Iglesia o Reino de Cristo, presente actualmente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo. […]

Misión de anunciar e instaurar el Reino de Cristo

Nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del Reino de Dios prometido desde siglos en las Escrituras: «Porque el tiempo está cumplido, y se acercó el Reino de Dios» (Mc 1, 15; cf. Mt 4, 17). Ahora bien, este Reino brilla ante los hombres en la palabra, en las obras y en la presencia de Cristo. La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo (cf. Mc 4, 14): quienes la oyen con fidelidad y se agregan a la pequeña grey de Cristo (cf. Lc 12, 32), ésos recibieron el reino; la semilla va después germinando poco a poco y crece hasta el tiempo de la siega (cf. Mc 4, 26-29).

Los milagros de Jesús, a su vez, confirman que el reino ya llegó a la tierra: «Si expulso los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11, 20; cf. Mt 12, 28). Pero, sobre todo, el Reino se manifiesta en la Persona misma de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, quien vino «a servir y a dar su vida para la redención de muchos» (Mc 10, 45). Mas como Jesús, después de haber padecido muerte de cruz por los hombres, resucitó, se presentó por ello constituido en Señor, Cristo y Sacerdote para siempre (cf. Hch 2, 36; Heb 5, 6; 7, 17-21) y derramó sobre sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre (cf. Hch 2, 33).

Por esto la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansía unirse con su Rey en la gloria. […]

«Linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa»

Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y lo instruyó gradualmente, revelándose a sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para sí.

Pero todo esto sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne. «He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. […] Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo. […] Todos, desde el pequeño al

mayor, me conocerán, dice el Señor» (Jer 31, 31-34).

Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. 1 Cor 11, 25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios. Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo (cf. 1 Pe 1, 23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn 3, 5-6), pasan, finalmente, a constituir «un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición, […] que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios» (1 Pe 2, 9-10).

Obligación de ser sal de la tierra y luz del mundo

Este pueblo mesiánico […] tiene como fin el dilatar más y más el Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos Él mismo también lo consume, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra (cf. Col 3, 4), y «la misma criatura sea libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios» (Rom 8, 21).

Por consiguiente, este pueblo mesiánico, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16).

El Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, ha de desarrollarse hasta que Él mismo también lo consume al final de los tiempos

La responsabilidad de diseminar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo en su parte. Pero, aunque cualquiera puede bautizar a los creyentes, es, sin embargo, propio del sacerdote el llevar a su complemento la edificación del cuerpo mediante el sacrificio eucarístico, cumpliendo las palabras de Dios dichas por el profeta: «Desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre una oblación pura» (Mal 1, 11).

Así, pues, la Iglesia ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda al Creador universal y Padre todo honor y gloria. ✧

Fragmentos de: SAN PABLO VI. *Constitución dogmática Lumen gentium*, Concilio Vaticano II, 21/11/1964.

Reproducción

Sesión pública del Concilio Vaticano II

Leandro Souza

Cristo Rey - Iglesia de Nuestra Señora de la Gloria, Juiz de Fora (Brasil)

Evangelio

En aquel tiempo, [35] los magistrados le hacían muecas a Jesús diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si Él es el Mesías de Dios, el Elegido». [36] Se burlaban de Él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, [37] diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». [38] Había también por encima de Él un letrero: «Éste es el rey de los judíos». [39] Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». [40] Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? [41] Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha hecho nada malo». [42] Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino». [43] Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 35-43).

Comentario al Evangelio – Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

El reinado de Cristo es irreversible

En el momento de su aparente humillación, Jesús manifiesta la magnificencia de su realeza y desvela el horizonte de sus intenciones con relación a la humanidad.

↖ **Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP**

I – En busca de la paz

La encíclica *Quas primas* de Pío XI, publicada en 1925, goza hoy en día de una merecida fama, y la anual celebración de la solemnidad de Cristo Rey perpetúa la eficacia de sus benéficos efectos. Ante el laicismo que pretendía imponerse ya en aquella época, el pontífice proclamó con gallardía la realeza del Príncipe de la paz. Sin embargo, sus enseñanzas no fueron escuchadas, y casi un siglo después la humanidad se encuentra cada vez más alejada del divino cetro de Jesucristo, negándole las prerrogativas de soberano en el ámbito temporal, y hasta en el religioso, con graves consecuencias para la vida moral, familiar, social e incluso económica.

Contexto dramático, que perdura

Desde el año en que la encíclica salió a la luz hasta hoy, la humanidad ha pasado por la Segunda Guerra Mundial, seguida de la tensión provocada por la Guerra Fría y por cientos de otros conflictos bélicos o tragedias, que desembocan en el temor de una hecatombe atómica, percibida por la generalidad de los pueblos como el peligro más grande en este triste y sombrío siglo XXI.

En Fátima, la Santísima Virgen les había prometido a los tres pastorcitos el final de la Gran Guerra y la paz. Ésta, no obstante, sólo se conservaría con la condición de que los hombres se convirtieran. De lo contrario, decía la bella Señora, vendría un conflicto de proporciones aún más devastadoras. Y así fue. Como resultado de esta terrible profecía, que se cumplió con exactitud, se hace evidente la existencia de la Providencia divina guiando la pequeña y la gran Historia, dándole sentido al encadenamiento que hay entre la fidelidad o la defección de los hombres con relación a Dios y los dramas que marcan los acontecimientos.

Cristo, única solución para los males de la humanidad

Por eso Pío XI, a fin de evitar las calamidades y matanzas que seguirían a la publicación de su célebre encíclica —y casi como si las hubiera previsto—, afirmó estar persuadido de que «no hay medio más eficaz para restablecer y vigorizar la paz que procurar la restauración del reinado de Jesucristo».[1] El Papa consideraba que la acumulación de males en la tierra se debía al hecho de que la mayoría de los hombres se había distanciado de Nuestro Señor y de su santa ley. De esta manera, la paz verdadera entre los pueblos nunca resplandecería mientras los individuos y las naciones negasen y rechazasen el imperio del Salvador.

El pontífice indica también las felices consecuencias del reconocimiento de dicho imperio: «Si los hombres, pública y privadamente, reco-

Los hombres se encuentran cada vez más alejados del divino cetro de Jesucristo, negándole las prerrogativas de soberano

La solemnidad de Cristo Rey es la fiesta litúrgica de la Contra-Revolución, pues se trata de la celebración más contraria a los desvíos del mundo moderno

Mario Shinoda

El Dr. Plinio en 1983

nocen la regia potestad de Cristo, necesariamente vendrán a toda la sociedad civil increíbles beneficios, como justa libertad, tranquilidad y disciplina, paz y concordia. […] ¡Oh, qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo!».[2]

Deseoso de grabar en el corazón de los fieles las preciosas enseñanzas plasmadas en su encíclica, el Santo Padre decidió instituir la fiesta litúrgica de Cristo Rey. Fue movido a ello por razones de elevado cuidado pastoral:

«Para instruir al pueblo en las cosas de la fe y atraerlo por medio de ellas a los íntimos goces del espíritu, mucho más eficacia tienen las fiestas anuales de los sagrados misterios que cualesquiera enseñanzas, por autorizadas que sean, del eclesiástico magisterio. Éstas sólo son conocidas, las más veces, por unos pocos fieles, más instruidos que los demás; aquellas impresionan e instruyen a todos los fieles; éstas —digámoslo así— hablan una sola vez, aquellas cada año y perpetuamente; éstas penetran principalmente en la inteligencia, aquellas extienden su saludable influencia tanto a la inteligencia como al corazón, es decir, al hombre entero. Además, como el hombre consta de alma y cuerpo, de tal manera le habrán de conmover necesariamente las solemnidades externas de los días festivos, que por la variedad y hermosura de los actos litúrgicos aprenderá mejor las divinas doctrinas, y convirtiéndolas en su propia savia y sangre, aprovechará mucho más en la vida espiritual».[3]

Fiesta contrarrevolucionaria por excelencia

La solemnidad de Cristo Rey es, quizá, la fiesta litúrgica que más contrasta con los desvíos del mundo moderno, englobados acertadamente por el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en el vocablo *Revolución*. Explica él que, aun cuando cada revolución considerada separadamente sea «un movimiento cuyo objetivo es el de destruir un poder o un orden legítimo y poner en su lugar un estado de cosas (nótese que intencionalmente no decimos orden de cosas) o un poder ilegítimo»,[4] el mal que aflige los tiempos actuales no es una sucesión incoherente de revoluciones, sino la Revolución por antonomasia.

Se trata de una Revolución multisecular, de cariz gnóstico e igualitario, que busca destruir el orden de la cristiandad medieval, la cual fue «la realización, en las circunstancias inherentes a los tiempos y lugares, del único orden verdadero entre los hombres, o sea, la civilización cristiana».[5] Y la solemnidad de hoy, que cierra el Ciclo litúrgico, posee una fuerza incalculable para promover la sana, convencida y entusiasta reacción católica contra los sofismas revolucionarios. Es, en definitiva, una fiesta contrarrevolucionaria en toda la fuerza del término, porque «si la Revolución es el desorden, la Contra-Revolución es la restauración del orden. Y por orden entendemos la paz de Cristo en el Reino de Cristo».[6]

II – Rey sumamente misericordioso

El Evangelio seleccionado por la liturgia es la expresión más conmovedora y misericordiosa del reinado de Cristo, Cordero inmolado, que en su piedad suscita la fe del malhechor y la premia, prometiéndole el Paraíso al cruzar el umbral de la muerte.

El pasaje de San Lucas que nos ocupa es de una belleza inefable. Clavado en la cruz, Nuestro Señor continúa haciendo el bien, el sumo bien, que consiste en llevar al Cielo a un pecador. Ninguno de los milagros realizados por Él anteriormente, incluso el de resucitar a los muertos, manifiesta tanto su divino poder como la conversión y salvación del buen ladrón, así llamado no en función de sus hurtos, sino de su arrepentimiento en el momento decisivo.

Jesús resplandece, en medio de llagas y escarnios, como rey. Sí, Rey de ese Reino que no es de este mundo. Pero también rey en medio de esbirros y un sanedrín blasfemo, pues la maldad más encarnizada de los hombres no le priva de la libertad

de premiar a una oveja descarriada que *in extremis* abre su corazón pobre e inmundo al Buen Pastor, siendo acogida por Él con un abrazo de compasión, amor y ternura que durará toda la eternidad.

Corazones de acero

En aquel tiempo, [35] los magistrados le hacían muecas a Jesús diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si Él es el Mesías de Dios, el Elegido».

Los magistrados —miembros del sanedrín y jefes del pueblo—, se muestran escandalosamente «ciegos, guías de ciegos» (Mt 15, 14) en ese paso. Después de haber presenciado un torrente de milagros de los más diversos géneros, como curaciones, multiplicación de alimentos, exorcismos y hasta resurrecciones, osan matar al autor de la vida, para usar la expresión de San Pedro (cf. Hch 3, 15). Uno se queda asombrado ante tanta ceguera voluntaria, fruto de un odio satánico contra el Mesías. Actuando de ese modo, encarnaban a la perfección el papel de los viñadores homicidas mencionados por Jesús en una de sus parábolas (Mt 21, 33-46), quienes, al matar al heredero del dueño de la viña, pretendían apoderarse de un patrimonio que no les pertenecía.

¿Hasta qué punto los saduceos y los fariseos, que componían ese senado de las tinieblas de Jerusalén, eran conscientes del mal que estaban haciendo? ¿Acaso la ebriedad del odio les habría eclipsado por completo la razón al punto de que negaran tantas evidencias que apuntaban hacia el mesianismo y la divinidad de Jesús? Resulta difícil responder.

Sin embargo, el temor que manifestaron con respecto a la Resurrección del Señor y el hecho de haber sobornado a los guardias a fin de difundir entre el pueblo noticias falsas que desmintieran la gloria de Jesús revivido, muestra hasta dónde quisieron llevar su propia obstinación. Cabe preguntarse si un hombre, sin la ayuda misteriosa de algún ángel caído, sería capaz de llegar tan lejos. ¿No merecieron, pues, el calificativo que el Redentor les dio cuando les dijo: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo» (Jn 8, 44)?

Soportó en su propio pecho el odio del mundo entero

[36] Se burlaban de Él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, [37] diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo».

Los soldados allí presentes representan la gentilidad, aunque algunos pudieran ser originarios de Palestina. También se mofaban de Nuestro Señor a causa del mal ejemplo dado por los judíos, razón por la cual se puede afirmar que Jesús soportó en su propio pecho el odio del mundo entero. Pero ese sacrificio dio sus frutos.

En efecto, el pecado de los romanos fue menor que el del pueblo elegido, así como lo fue el de Pilato en relación con el del sanedrín al condenar al Justo. Quizá por ese motivo, a pesar de haber maltratado al Señor, ya al pie de la cruz recibieron las primeras gracias en la dirección de una futura conversión, como lo demuestra la exclamación del centurión al ver la grandeza con que el Redentor expiraba: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27, 54). Así, en medio de las nubes de la tragedia, se abría una grieta para que la luz de la fe se filtrara sobre los paganos, presagiando la conversión del imperio de los césares.

Una situación similar sucede hoy día cuando vemos a los hijos de la civilización cristiana —los más beneficiados por los frutos de la preciosísima sangre derramada en la cruz— darle la espalda a Dios con una obstinación y una maldad inauditas. En cambio, otros pueblos, aunque sigan los malos ejemplos de los que les precedieron bajo el signo de la fe, parecen más susceptibles de conversiones fulgurantes, las cuales sin duda le conferirán al reinado de Cristo un renovado esplendor.

Por haber sido condenado por los judíos y ejecutado por los paganos, se puede decir que Nuestro Señor Jesucristo soportó sobre sí mismo el odio del mundo entero

Un rey crucificado

[38] Había también por encima de Él un letrero: «Éste es el rey de los judíos».

El *titulus crucis*, que hoy se venera en la basílica de la Santa Cruz de Jerusalén, de Roma, posee un profundo significado. A pesar de las reiteradas peticiones de los sanedritas para que lo cambiara, Pilato lo dejó tal y como había salido de sus labios: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos» (Jn 19, 19). Célebre se hizo la frase que pronunció en aquella ocasión: *Lo escrito, escrito está*, con la que expresaba su

Los soldados echan suertes sobre la túnica de Jesús, de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

Gustavo Kralj

determinación de no cuestionar lo que había hecho constar en aquella paradigmática tablilla.

La máxima autoridad civil de la época en Palestina, considerada legítima por el propio Cristo, era la que afirmaba la realeza del Hijo de Dios. En cierto modo, aquella inscripción proclamó la verdad y posee connotaciones proféticas de altísimo valor simbólico hasta el día de hoy.

El buen ladrón y el malo

39 Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». 40 Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? 41 Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha hecho nada malo».

En el silencio del Calvario el buen ladrón cayó en sí, se arrepintió y fue elevado de un modo asombroso a un nivel altísimo en la vida espiritual

Para humillar todavía más a Nuestro Señor, lo crucificaron en medio de dos malhechores. Sin embargo, este diabólico intento de agraviar al Redentor se convirtió en uno de sus mayores títulos de gloria, pues al rescatar al buen ladrón —de nombre Dimas, según una respetable tradición— cumplió de forma espléndida su misión de salvar a los pecadores.

Sorprende el contraste entre el mal ladrón y el bueno. El primero, además de ser un delincuente, había deformado su conciencia hasta el punto de no avergonzarse de sus propios crímenes, volviéndose un vil y utilitario aprovechado. De ahí que se sumara a los insultos de los sanedritas y de los soldados, con el objetivo de mover a orgullo —como si tal vicio existiera en quien no conocía el pecado— a la divina Víctima y llevarla a obrar el milagro. La mirada interior de ese miserable estaba tan oscurecida que era incapaz de percibir la inocencia, la rectitud y la integridad que brillaban en el Cordero inmolado.

Reproducción

El buen ladrón, detalle de «La crucifixión», de Masolino da Panicale - Basílica de San Clemente, Roma

El pecado y el egoísmo hacen al hombre estulto y descarriado. En el caso del mal ladrón, el resultado fue terrible: Jesús guardó silencio. Sí, aquel que podría salvarlo lo ignora y abandona a su propia malicia. ¿Cuál habrá sido su suerte eterna? El veredicto le pertenece únicamente a Dios, pero la narración de San Lucas da pie a temer razonablemente la peor de las hipótesis.

El buen ladrón, en cambio, reaccionó de una manera diferente. San Juan Crisóstomo dice que «predicaba a los presentes, reflexionando sobre las palabras con que el otro increpaba al Salvador».[7] La provocación del mal ladrón fue una oportunidad para que Dimas exteriorizara los sentimientos y reflexiones que afloraban en su espíritu en aquella lenta agonía de la cruz. En el silencio del Calvario y gracias a las oraciones de la bondadosa Corredentora, cayó en sí, se arrepintió sinceramente y fue elevado de un modo asombroso a un nivel altísimo en la vida espiritual.

Sobre él afirma San Gregorio Magno con buen tino: «Tuvo fe, porque creyó que reinaría con Dios, a quien veía morir a su lado; tuvo esperanza, porque pidió entrar en su Reino […]; y en el momento de su muerte tuvo caridad, porque reprendió a su compañero de latrocinios, que moría por la misma culpa».[8]

Uno de los actos de fe más hermosos de la Historia

42 Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino».

¡Cuán meritorio es creer en la luz cuando reinan las tinieblas de la noche! De la misma forma, con cuánta belleza refulge la fe del buen ladrón, que veía a la divina Víctima masacrada por los pecadores y creyó en su reinado que traspasa el umbral de la muerte y penetra en la vida indefectible. Ante la humillación de la cruz, los propios Apóstoles no tuvieron siquiera una chispa de esa fe ru-

Lucio César Rodrigues

Crucifijo de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

tilante, hecha de certeza en la victoria de Cristo en el momento en que parecía que era arrastrado por la corriente del fracaso más pungente. Tan sólo las oraciones de la mejor de las madres lograron que la fuerza de la sangre preciosísima de su Hijo cayera en aquel corazón arrepentido, dándole esa convicción tan sólida acerca del Cielo.

El drama de la muerte, bien aceptada como merecido castigo por las transgresiones cometidas, fue el instrumento utilizado por Dios para darle la vida eterna a un alma pecadora. En este pormenor se percibe con claridad meridiana cuánto el sufrimiento y el dolor contribuyen a nuestra salvación.

La primera de las canonizaciones

[43] Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso».

El buen ladrón se presenta como signo de la radiante victoria obtenida por el holocausto del Señor. Tenemos ante nuestros ojos al primer pecador que es llevado a los Cielos, conducido por las propias manos traspasadas de Jesús. Detrás de él le seguirían cientos de miles, entre los que nos encontraremos si nos dejamos envolver, perdonar y erguir por la divina misericordia.

San Ambrosio subraya la generosidad de Cristo al conceder el premio sempiterno a quien simplemente le rogaba no ser olvidado: «El Señor siempre da más de lo que se le pide. Aquel pedía que el Señor se acordara de él cuando estuviera en su Reino, y el Señor le contestó: *En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso*; y es que la vida verdadera consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino».[9]

Esta generosidad del Salvador relució en todo su alcance simbólico en el Calvario, como explica San Juan Crisóstomo: «El diablo desterró a Adán [del Paraíso], pero Cristo introdujo al ladrón. […] Aún hay otro milagro mayor que considerar: Él no se contentó con introducir a un ladrón, sino que además lo hizo ante toda la tierra y ante los Apóstoles, para que ninguno de los que vinieran después desesperara de entrar allí ni renunciara a la esperanza de su propia salvación, viendo a un hombre inculpado de numerosos delitos alojarse en el palacio real. […] Con una simple palabra, un solo acto de fe, dio un salto al Paraíso antes que los Apóstoles, para que aprendáis que no lo logró por la nobleza de sus sentimientos, sino que fue el amor del Maestro por los hombres lo que lo hizo todo. […] Obsérvese la prontitud: de la cruz al Cielo, de la condenación a la salvación».[10]

El patíbulo de la cruz se transforma en el trono de la majestad divina, crucificada y dadivosa. Como lo había anunciado, de este trono Nuestro Señor atrae hacia sí a todos los hombres que tienen el coraje de esperar en una vida más allá de los cortos límites de la existencia pasajera sobre la tierra, la cual termina con la muerte y la descomposición de nuestro cuerpo. En Jesús sacrificado, el corazón humano encuentra la respuesta a su anhelo de felicidad eterna.

El patíbulo de la cruz se transformó en el trono de la majestad divina, crucificada y dadivosa, desde donde el Señor atrae hacia sí a todos los hombres

Entre las súplicas contenidas en el Padre nuestro, pedimos: «Venga a nosotros tu Reino». ¿Tiene sentido soñar con una sociedad impregnada de la fe católica?

III – ¡Él reinará!

En el Padre nuestro, Jesús nos enseñó a orar de la manera más excelente. Y entre las peticiones contenidas en él, hay dos que adquieren un brillo particular en función de la solemnidad de hoy: «venga a nosotros tu Reino» y «hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo».

Por lo tanto, la misión de todo bautizado es la de suplicarle al Padre de las luces la instauración del reinado de Cristo, para que transforme nuestro mundo en una imagen, la más perfecta posible, de los esplendores celestiales.

Cristo Rey, «Grandes Horas de Ana de Bretaña» - Biblioteca Nacional de Francia, París

Este Reino es querido, sobre todo, por el propio Jesucristo

¿Cómo cumplir tan noble misión en medio de una sociedad laicista, tecnificada y alejada de Dios? Podría decirse que es algo simplemente quimérico o quijotesco… ¿Existe aún la posibilidad de instaurar un orden de cosas similar al que reinó en los luminosos siglos de la Alta Edad Media, con las debidas adaptaciones de tiempo y lugar? ¿Tiene sentido soñar con catedrales sacras y grandiosas, con castillos imponentes y elegantes, o con una sociedad impregnada de la fe católica?

La respuesta es un sí categórico.

Ante todo, porque Dios preside el curso de la Historia y en él interviene decisivamente en momentos escogidos desde toda la eternidad. Así nos lo muestra, entre otros ejemplos, la parábola acerca del hombre noble que marchó a un país lejano para conseguir el título de rey (cf. Lc 19, 12-27). Sus detractores no lograron impedirle tal propósito, de suerte que pudo regresar investido de la dignidad regia. Al llegar a sus dominios recibió la rendición de cuentas de los siervos a los que les había encargado la administración de sus bienes. Después de haber premiado a unos y castigado a otros, el rey ordenó que ejecutaran a sus enemigos en su presencia.

Esta profética parábola se cumplió de alguna forma en la destrucción de Jerusalén anunciada explícitamente por el Salvador en otros pasajes del Evangelio. Pero ¿no habría de cumplirse siempre que hubiera, a lo largo de la Historia, un intento de frustrar o impedir que Jesús reine?

Para responder a esta pregunta vale la pena recordar la solemne declaración hecha por el Sagrado Corazón a Santa Margarita María Alacoque: «No temas. Reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello se opusieren».[11] Esta promesa marcó a fondo el espíritu de la santa, hasta el punto de repetirla con ligeros matices en una carta dirigida a su antigua superiora, la madre De Saumaise: «Proseguid con valentía lo que habéis emprendido para su gloria, en el cumplimiento de su reinado. El Sagrado Corazón reinará a despecho de Satanás y de todos aquellos que suscita para oponerse a Él».[12]

¿En qué consistirá esta victoria de Cristo Rey prometida en Paray-le-Monial? Ante todo, sin duda, será el triunfo de Jesús en el corazón de los miembros del clero. Es imposible reformar el mundo sin una renovación de la disciplina eclesiástica. Sin embargo, el imperio del Redentor no se limitará a eso.

Las metas de Dios son más amplias, pues Él es el Señor del universo y desea que todas sus criaturas se le sometan dulcemente. Por eso, en las mismas revelaciones a Santa Margarita María, el Sagrado Corazón de Jesús le ordenó que le transmitiera el siguiente mensaje al rey Luis XIV, que en aquella época reinaba en Francia: «Hazle saber al primogénito de mi Sagrado Corazón […] que deseo triunfar sobre su corazón, y por medio de él, sobre el de todos los grandes de la tierra. Quiero reinar en su palacio, ser pintado en sus estan-

dartes y grabado en sus armas, […] para hacerlo que triunfe sobre todos los enemigos de la Santa Iglesia».[13]

No se sabe con certeza si el monarca tuvo conocimiento de este mensaje, aunque es bastante probable que sí. El hecho es que el llamamiento paterno, afectuoso y delicado del Rey de los reyes no fue llevado a la práctica, con las consecuencias dramáticas que eso trajo con el paso del tiempo, especialmente en el trágico y sangriento final del *Ancien Régime* bajo la implacable cuchilla de la Revolución francesa.

No obstante, el mensaje a Luis XIV nos amplía el horizonte con respecto a las intenciones del Corazón de Jesús. Él quiere extender su Reino de bondad, rectitud y pureza a la sociedad civil, a la cultura, al arte, a las maneras de ser y de comportarse, permitiendo que todos los ámbitos de la actividad humana lo tengan como cabeza. Sólo así será hecha la voluntad de Dios en la tierra como en el Cielo.

¡Esperemos la venida del Reino de Jesús, por medio de María!

Como eco fidelísimo del Señor de los señores, proclamamos llenos de fe que el mundo camina rumbo al triunfo espiritual de Cristo, que se irradiará en los corazones de los hombres e imperará sobre las instituciones, las costumbres, las modas, los gustos, las sociedades y las familias. Se habrá cumplido entonces la otra petición del Padre nuestro: «Venga a nosotros tu Reino».

Esta victoria, no obstante, se hará efectiva por intercesión de María Santísima, asociada íntimamente al misterio de la salvación como Corredentora y Madre de la nueva humanidad rescatada por la sangre del Cordero. También Ella prometió en Fátima que su Inmaculado Corazón triunfaría, junto al de Jesús, con el cual forma un solo Corazón.

Los medios por los cuales se llevará a cabo ese triunfo nos son desconocidos en sus detalles. Sabemos únicamente que, como el buen ladrón, la humanidad debe ser sacudida hasta el extremo de reconocer, humillada, su prevaricación y su culpa. Entonces, entre la aspereza de la penitencia, será elevada a una altura espléndida por un nuevo Pentecostés mariano, pues sin la gracia tal conversión no se obrará. Son necesarios, en verdad, irresistibles torrentes de gracia.

Nos corresponde apresurar ese momento con nuestra oración confiada, lucha incansable y generoso espíritu de sacrificio. ✧

Como eco fidelísimo del Señor de los señores, proclamamos llenos de fe que el mundo camina rumbo al triunfo espiritual de Cristo, que se irradiará en los corazones de los hombres

---

[1] PÍO XI. *Quas primas*, n.º 1.

[2] Ídem, n.os 17; 19.

[3] Ídem, n.º 20.

[4] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 5.ª ed. São Paulo: Retornarei, 2002, pp. 57-58.

[5] Ídem, p. 59.

[6] Ídem, p. 97.

[7] SAN JUAN CRISÓSTOMO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea. In Lucam*, c. XXIII, vv. 38-43.

[8] SAN GREGORIO MAGNO. *Moralium Libri*. L. XVIII, c. 40, n.º 64: PL 76, 74.

[9] SAN AMBROSIO. Tratado sobre el Evangelio de San Lucas. L. X, n.º 121. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1966, pp. 605-606.

[10] SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Sermons sur la Genèse*. Sermon VII, n.º 4: SC 433, 327-329.

[11] HAMON, SJ, Auguste. *Sainte Marguerite-Marie. Sa vie intime*. 3.ª ed. Paris: Gabriel Beauchesne, 1931, p. 198.

[12] Ídem, p. 219.

[13] Ídem, p. 221.

Thiago Tamura

Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

Reproducción

Isabel II de Inglaterra

La humanidad se despide de la reina

Una desproporcionada cobertura mediática para una mujer de 96 años que ha fallecido; una incomprensible conmoción mundial; un inquietante sentimiento de que todo será diferente. A fin de cuentas, ¿qué significó la muerte de Isabel II?

Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP

Jueves, 8 de septiembre. El mundo se enteraba a través de los principales medios de comunicación de que la reina Isabel II acababa de fallecer. La muerte siempre es cruel y dolorosa, sean cuales sean sus circunstancias. No obstante, analizado desde un punto de vista meramente material —el único que parece tener derecho de ciudadanía en nuestros tiempos—, el revuelo general que siguió a la noticia superaba, en varios aspectos, los límites de lo razonable.

Si hubiera expirado en condiciones inesperadas y violentas, hasta se le podría atribuir a la sorpresa esa reacción popular. Aunque admitámoslo, nadie es eterno. ¿Cómo iba a ser inesperado y sorprendente el fenecimiento de una reina nonagenaria, pese a la extendida ocurrencia acerca de su supuesta inmortalidad, y con una salud visiblemente deteriorada en los últimos meses?

Era jefe de Estado, por supuesto. Pero ¿qué hizo ella por Brasil, por España o por cualquier otro país ajeno al Reino Unido y la Commonwealth como para que desde todos los rincones del planeta su muerte se convirtiera en objeto de atención y tristeza? Más aún: representaba a una nación que no pocas veces en la Historia —duele decirlo— favoreció todo tipo de saqueo y piratería, infringiendo las leyes de la buena convivencia internacional.

E incluso en sus tierras… Bueno, ¿hasta qué punto podía considerarlas «suyas» si en la actual monarquía parlamentaria inglesa no se le otorgaba ningún poder efectivo y si, por el contrario, a lo largo de su reinado tuvo que renunciar paulatinamente a las pocas prerrogativas que le quedaban o, lo que es peor, sancionar con su regia firma toda clase de decisiones, muchas de las cuales, sin la menor duda, le provocarían una enorme repulsión? Entonces, ¿en qué se ha basado el nostálgico reconocimiento del pueblo que, concretamente, no había recibido nada de ella?

Por si fuera poco, para todos los que no profesan el anglicanismo la distancia que los separa de la monarca se acentúa de manera asombrosa. ¡Ni siquiera la fe, que conforma hermanos y une en un solo cuerpo a personas de distintas razas, lenguas y naciones, tenían en común con ella! En efecto, Isabel II no solamente estaba fuera del redil católico, sino que era la cabeza de una Iglesia nacional, con todo lo que esto representa de execrable. La suma de estos factores hace aún más inexplicable el sentimiento casi universal que marcó aquel 8 de septiembre, incluso en el ámbito de la religión verdadera.

Y eso no es todo. Lo más intrigante es que los homenajes no emergieron de entre polvorientos libros de Historia, protagonizados por medievales del siglo XI o del XIII, ni se inspiraron en figuras ficticias de una novela o un cuento de hadas. ¡No! Lo que allí había era gente de la sociedad más independiente, pragmática e «ilustrada» que haya surgido hasta hoy: la del siglo XXI.

Ante unos ojos materialistas, como decíamos, tal panorama no retrataría sino una anomalía psíquica más de las que a menudo se verifican en el mundo moderno. Isabel II, sin embargo, no representaba lo que esas miradas, prendidas a la carne

y ciegas al espíritu, suelen contemplar. De hecho, su larga existencia, en cierto modo el último eco de la fe plantada por San Gregorio Magno en la tierra de los anglos, parece que hubiera conllevado una misión mucho más amplia que las fronteras del Reino Unido. Por eso, aquel día, no solamente una venerable anciana dejaba esta vida: se estaba pasando una página de la Historia.

En efecto, suponía el fin de una era cargada de sufrimientos e infortunios, pero también de heroísmo y de gloria, al que los hombres le dieron, acertadamente, el título de *Cristiandad* o *Civilización Cristiana*, y cuyas primeras líneas fueron trazadas por el amor de Dios, al depositar sobre ella sus designios.

Pactos de amor entre Dios y los hombres

Varias veces se ha dignado Dios bajar hasta uno de sus elegidos para firmar un pacto de amor. Sea por la prodigalidad infinita del Altísimo, sea por la natural limitación humana, tal vínculo no se restringe a esa alma escogida, sino que se extiende al pueblo o institución del que proviene, siglos adentro. Fue lo que ocurrió en el pasado con Noé, de quien, a propósito de la alianza, surgió una nueva civilización; con Abrahán, que engendró naciones y heredó tierras sin fin; con David, en quien el Señor bendijo la realeza y a quien le otorgó ser antepasado del Mesías.

Cuando, con Clodoveo, un nuevo arco iris se desplegaba entre el Creador y un reino que se estaba bautizando, Dios mostraba que su manera de actuar con los hombres se perpetuaba en el Nuevo Testamento. Así pues, con Carlomagno se solidificaría una civilización marcada por la cruz de Cristo: a un mismo tiempo nacía el Sacro Imperio y se confirmaba la predilección divina por la hija primogénita de la Iglesia. Siglos más tarde, en la unión de la bondad, la grandeza y el sacrificio, Francia vislumbraría los planes que sobre ella se proyectaban, al conocer verdaderamente en San Luis IX un monarca.

De un modo similar, a la luz de los divinos designios, podríamos considerar otras naciones, como la Hungría de San Esteban, la Polonia de San Casimiro, la España de San Fernando.

¿Y la Inglaterra de San Eduardo?

En aquel inolvidable jueves de septiembre, Dios, a través de la naturaleza, parecía indicarnos que era ésa la perspectiva por la cual se comprendería, en su auténtica proporción, el gran cambio ocurrido. Sobre el palacio de Buckingham un doble arco iris adornó el cielo. ¿Qué nos estaría señalando el milenario símbolo de la alianza divina sino el recuerdo de la predilección que la Isla de los santos había tenido en el plan de Dios? Una predilección marcada en la persona de San Eduardo el Confesor, cuyas virtudes perfumaron la cristiandad y cuya corona ceñiría la frente de todos los monarcas ingleses, hasta hoy.

Con este pacto, ¿qué grandiosa misión le habrá sido encomendada a Inglaterra? Quién sabe si, guiada por el llamamiento divino, haría que en sus montañas y praderas, pero sobre todo en sus hijos, el Cielo se uniera a la tierra. Da la impresión de que hasta la naturaleza estuviera orientada a ello. ¿Quién, al contemplar sus primorosos céspedes, no se remonta a las alfombras del Paraíso? ¿Quién, al oír voces británicas cantando, no piensa que esté escuchando un espectáculo de ángeles? ¿Quién, al ver la rectitud a la que tiende con gran facilidad el espíritu de los ingleses, no se sorprende de que el desorden del pecado en algo les haya tocado menos?

Los ojos de la Iglesia se dirigen con nostalgia hacia aquel pasado en el que tantas esperanzas había puesto en la tierra de los anglos. Esperanzas que vio premiadas al contemplar su firmamento salpicado de santos ingleses, pero que luego se vieron frustradas cuando, ya hace casi cinco siglos, su cisma separó drásticamente ese amado país, bañándolo en sangre y rodeándolo de violencia.

No obstante, misteriosamente, algo de aquella bendición inicial ha permanecido. La nación no ha sido fiel; Dios, sin embargo, le sería fiel, pues no podía negarse a sí mismo (cf. 2 Tim 2, 13). El pacto establecido con San Eduardo daría en cierta manera los frutos que la voluntad divina deseaba.

facebook/UK Parliament

Los ojos de la Iglesia se dirigen con nostalgia hacia aquel pasado en el que tantas esperanzas había puesto en la tierra de los anglos

Capilla ardiente en el Westminster Hall, Londres. En la página anterior, escena del documental «The Coronation with Her Majesty the Queen»

Última luz de la civilización cristiana

No uno, sino dos arcos iris aparecieron sobre el palacio. Quizá porque Isabel II representaba

dos alianzas: la que el Altísimo había hecho con la larga sucesión de monarcas ingleses y la que había instituido con la cristiandad, de quien la reina era el último símbolo.

Si la aurora de la civilización cristiana, en un espectacular florecimiento de aspiraciones, estuvo repleta de promesas, su ocaso vino acompañado de tristeza y pesar incluso por parte del hombre cada vez más animalizado de nuestros días. En las últimas décadas, mientras los fulgores de la cristiandad se apagaban lentamente, Isabel II continuaba brillando —aunque con muchas de las sombras inherentes al proceso revolucionario en el que estamos inmersos— y lo hacía de un modo especial, representando todas las luces que un día iluminaron el mundo.

Ésa es la página de la Historia que ahora se está cerrando. A pesar de las tachaduras, las manchas y los borrones que los hombres escriben en ella, la Providencia quiso acabarla con un colofón de oro. Por eso brotan las lágrimas, en una mezcla entre dolor por el final y respeto por los quilates que ese oro mostró poseer.

Llamo aquí la atención del lector: escribir poéticamente sobre algo que ha pasado es fácil; lo admirable es comprobar que, en el asunto en cuestión, la poesía sólo describe la realidad.

Inexorable en el cumplimiento del deber

Sí, porque no basta con gozar de realeza para ser respetado por la multitud, ni con saludar desde un imponente balcón para ganarse el favor de la gente. Los hombres se sienten cautivados únicamente si disciernen que quien los gobierna es bueno.

Con su habitual elocuencia, Santo Tomás de Aquino observa que, cuando esto sucede, ni siquiera la muerte del soberano es un obstáculo a la admiración que sus súbditos le profesan. «¿Quién duda de que los buenos reyes, no sólo en vida, sino más aún después de la muerte, viven en cierta manera en la alabanza de los hombres y subsisten en la nostalgia; y que, por el contrario, el nombre de los malos o bien desaparece enseguida, o bien, si se distinguían por su maldad, nos acordamos de ellos detestándolos?».[1]

Reproducción

Isabel II representaba dos alianzas: la que Dios había hecho con los monarcas ingleses y la que había instituido con la cristiandad

Retrato oficial de la reina Isabel II el día de su coronación, el 2 de junio de 1953

Ser buen gobernante, empero, no es tarea fácil. Isabel lo descubrió muy pronto y trató de prepararse para estar a la altura de su misión. Abrazaría la cruz de soberana hasta el final, como lo había prometido cuando cumplió 21 años: «Toda mi vida, ya sea larga o corta, estará dedicada a vuestro servicio». Setenta y cinco años después, ¡cuántos sacrificios no habría hecho para llevarlo a cabo!

En un mundo en permanente cambio, donde el vendaval de lo novedoso amenaza con tambalear los principios más sólidos y en donde la defensa de los valores de la civilización ha pasado a ser una preocupación anacrónica, ella se convirtió en un punto de referencia en medio de la inestabilidad de nuestros días o, como decía un taxista inglés, «la única constante que todos hemos tenido en nuestras vidas».

Tal vez sin haber hecho explícito lo que los filósofos y los santos definen como la perfección en su posición, todo para Isabel II se resumía en esta palabra: deber. Sin promulgar leyes o imponer sanciones —y mucho más que si hubiera renunciado a esta condición por el rechazo que los avances del mal en los siglos XX y XXI le causaban, al acentuarse la aparente inutilidad de su situación—, por el ejemplo de su conducta cumplía el ideal del monarca: renunciando a su propio bien, luchó por el bien común, fomentando la virtud y reprimiendo el error.

Símbolo de una realidad más elevada

Instalada en su capilla ardiente, la reina recibió la despedida de miles de personas. Por un sentimiento que pocos lograban explicar, en los escasos segundos ante el féretro todos daban por compensadas las horas —e incluso días— que para ello habían esperado en las calles de Londres. «Ella trabajó setenta años por nosotros, un día en la fila no es nada», afirmaban algunos.

Una vez frente al ataúd, manifestaban una reverencia casi religiosa, curiosa exteriorización de un sentido muy arraigado en las almas, que los siglos de adoctrinamiento en la negación de la jerarquía y de la trascendencia no pudieron borrar.

Dije «reverencia casi religiosa». No se trata de una locución aleatoria, ni se refiere a su condición de jefe del anglicanismo, sino que indica que, como máxima expresión de la autoridad —«punto monárquico» de una sociedad—, constituía un trazo de unión entre los hombres y Dios.

En efecto, el ser humano es consciente de su propia contingencia. Peregrino en esta tierra, está, natural y espon-

Reproducción

táneamente, en busca de quienes lo vinculen al Altísimo, y éste es el papel más excelso de los hombres investidos de autoridad. Como imagen del Bien Supremo —que todo lo gobierna con justicia y todo lo sustenta con misericordia— Isabel II impresionó a la sociedad con su grandeza y la amparó con su bondad.

Más aún: sin despojarse vilmente de su dignidad, sino manteniendo los antiguos ceremoniales y costumbres, hizo accesible al alma humana —sedienta de símbolos— una realidad más elevada que la palpable; expresaba a través de gestos, de la indumentaria, del protocolo, la alta noción de su propia nobleza y la sublimidad de su misión.

Según la lógica moderna, los inferiores deberían sentirse oprimidos por tal actitud… Aunque eso no fue lo que se vio ni lo que los corazones revelaron en aquellos días de luto. Al entrar en el Westminster Hall, muchas damas se inclinaban ante aquella que ya no vivía, pero que les había conquistado su admiración. «Para mí, la reina es mi modelo femenino a seguir», decía una joven. «No sabía cuánto significaba ella para mí», aseveraba entre lágrimas un hombre procedente de Malasia.

Mucho más que el funeral de una reina

Llegamos ahora a la parte crucial de estas líneas. ¿Con Isabel II se extinguieron todos estos valores y principios? Antes de afirmarlo o negarlo, cabe otra pregunta: ¿Quién, además de la soberana, los representa en el mundo? ¿Cuál de las otras monarquías cristianas aún manifiesta con denuedo su propio significado, como ella lo hizo?

Sabemos que no estuvo exenta de imperfecciones, y por eso no es un ejemplo en todos los ámbitos. Sin embargo, incluso sus enemigos, acusándola de crímenes que no ella, sino otros cometieron en nombre de la corona, reconocen que mucho más allá de su persona, con sus miserias y errores, Isabel II representaba un orden de cosas. Su funeral, con toda la pompa y los sentimientos posibles, no fueron sólo suyos; con ella fueron enterrados los valores de los que ella era símbolo.

¿Qué significará esto para nuestros días? Un futuro nuevo e incierto se abre ante nosotros: es la primera vez desde su creación que la humanidad se ve privada de tales valores. ¿Podrá la sociedad subsistir? ¿En qué abismo se precipitará? Son preguntas que sólo el tiempo podrá responder.

A las exequias de la emperatriz Zita, celebradas al gran estilo imperial en la Austria republicana de 1989, *Le Figaro Magazine* le dedicó un artículo titulado «Europa se despide de su última emperatriz». Era verdad. ¿Cómo le llamaríamos a este artículo en unas circunstancias a un tiempo tan parecidas y tan diferentes? Esta vez no fue sólo una emperatriz, sino la civilización cristiana de la que la humanidad se despidió.

Imploremos al mismo Señor que hizo surgir la cristiandad como fruto excelente de su sangre preciosísima y sembró la tierra entera con las maravillas engendradas por ella, que la haga renacer de forma todavía más perfecta, para la plena realización de la súplica consignada en las páginas del Evangelio: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo». ✧

---

[1] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De regno ad regem Cypri*. L. I, c. 11.

Esta vez la humanidad no le dijo adiós sólo a una reina o una emperatriz, sino a la civilización cristiana

El ataúd de la reina Isabel II durante la procesión de su entierro en el castillo de Windsor. Al fondo, la torre del Big Ben - Londres

Gustavo Kralj

Diliff (CC by-sa 3.0)

Fidelidad rectilínea

Quien mucho amó su misión y, en consecuencia, a su pueblo, por él decidió entregar su vida. Isabel II se convirtió en un modelo impar de dignidad, honor y grandeza, que excedió los límites del reino británico.

Fabio Henrique Resende Costa

Imponerse la tarea de escribir algo breve acerca de celebridades que surcaron el firmamento de la Historia cual estrella fugaz, a un tiempo ágil, brillante y encantadora, no es un cometido sencillo; y pretender redactar unas líneas, cortas o largas, sobre personas que simbolizan, como fue explicado en el artículo anterior, su propia nación, también es una empresa difícil.

Primero, porque se incurre con facilidad en el error de dar una visión unilateral de los hechos que las rodean; segundo, porque son astros de un tamaño inusual, especialmente si son longevos, cuyo recorrido demanda un estudio más profundo. Pero existe otro riesgo, que merece cautela: de modo análogo al sol —que además de iluminar, ofusca—, la vida de tales hombres y mujeres excede los límites de la banal trivialidad que tanto satisface a los indiferentes; y que a veces les inquieta, debido a su brillo.

Hechas estas salvedades, pasemos a tratar algunos aspectos de la larga trayectoria de Isabel II, la cual encarnó los atributos de supremacía, nobleza y serenidad, como paradigma de su pueblo.

Una generación en tiempos de guerra

Nacida en Londres, el 21 de abril de 1926, Isabel Alejandra María se convirtió en la presunta heredera del Reino Unido en 1936, como consecuencia de la ascensión al trono de su padre; éste lo asumió debido a la abdicación de su hermano, Eduardo VIII.

Aún joven, el talle de su particular fisonomía se iba formando, menos atractivo que agraciado, a pesar de su sonrisa siempre jovial y afable, la cual no ocultaba el peso del porvenir que, sin duda, presentía. En sus ojos de una aguda percepción, tan propios de quien vislumbra más allá de lo que ve, se encontraba el atributo de personalidades analíticas que no dejan escapar nada a su observación, extrayendo de ellas ricas conclusiones. Pero en el conjunto de su fisonomía es donde trasparece el sentido innato de la autoridad, aliado al del deber, cuya expresión más destacada son los trazos gruesos de sus labios.

Finalmente, de una naturaleza privilegiada por la Providencia, comenzaban a brotar las cualidades morales que la acompañarían a lo largo de su vida: la constancia en los propósitos y la lealtad a lo que correctamente está dispuesto.

Habiendo estallado la Segunda Guerra Mundial, cuando Isabel aún no había cumplido los 15 años, ese trágico contexto sirvió de ocasión para que la futura reina forjara más profundamente su carácter firme y decidido, como afirmaría más tarde: «Mi generación, la generación de tiempos de guerra, es muy resistente». Sin demérito alguno a su noble condición, en tales circunstancias, se formó como conductora y mecánica, y fue promovida a capitana junior honoraria, en virtud de su alta responsabilidad, pese a su corta edad.

Lealtad para con su pueblo

Su ascenso al trono tuvo lugar en febrero de 1952, cuando tan sólo tenía 25 años. La ceremonia de coronación se llevó a cabo el 2 de junio de 1953. Desde entonces, Isabel II hizo de la monarquía una misión de vida, fijándose para sí una meta de fidelidad a su estado: «Estoy segura de que mi coronación no es el símbolo de un poder y un esplendor que se han ido, sino una declaración de nuestras esperanzas para el futuro, y por los años que, por la gracia y la misericordia de Dios, se me concedan para reinar y servirlo como su reina».

A lo largo de los percances a los que está sujeto todo jefe de Estado, en la líder inglesa resplandecerían los atributos de la buena diplomática, de la mujer que sabe cultivar su propia inteligencia y, con una sola mirada, consigue poner a la persona con la que trata en la posición que corresponde.

No le faltaron oportunidades para expresar ese sentido diplomático, pues su interés por el universo político nacería ya en los primeros años de reinado, cuando mantenía encuentros semanales con el primer ministro inglés Winston Churchill. Ciertamente, de estas instrucciones pudo sacar una buena dosis del estilo de administración genuinamente anglosajón, reflejado en el paradigmático estadista.

Reproducción

Fotos: facebook/HM Queen Elizabeth II

Isabel II hizo de la monarquía una misión de vida, fijándose para sí una meta de fidelidad a su estado

A la izquierda, Isabel II en abril de 1983; en el centro, la reina en un retrato oficial como soberana de Canadá; a la derecha, en 1962. Al fondo, el castillo de Windsor (Inglaterra)

En el transcurso de siete décadas al frente de la corona inglesa, sus viajes oficiales como jefe de Estado sumaron alrededor de doscientos cincuenta. Casi todos los países de la Commonwealth tuvieron la ocasión de recibir tan notable visita. La soberana se reunió con decenas de presidentes y, por momentos, vio fusionarse su historia personal —ya fuera como protagonista o espectadora— con la propia trama mundial. Sin embargo, salió indemne ante hechos como la independencia de las colonias británicas de África, la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín.

Ser madre: «el mejor trabajo»

No obstante, además de monarca, Isabel fue madre. Una tarea que, según dijo, «es el mejor trabajo». De su matrimonio con el duque de Edimburgo, Felipe Mountbatten, nacieron cuatro hijos: Carlos, Ana, Andrés y Eduardo.

En las fotografías que retratan la vida familiar de Isabel, llama la atención que toda la compostura que tanto la caracterizaba en medio de las solemnidades y pompas de la corte, no era olvidada ni menospreciada en tales circunstancias. Por el contrario, muestran la integridad de su índole, sin perjuicio alguno del afecto y el calor maternales.

Incluso en los momentos de intimidad, como los de un pícnic, era notable su limpieza, siempre eximia e impecable. No había un pelo de su cabello fuera de su sitio, y hasta cuando en los pliegues de su vestido hay algo que parece ser fortuito, se diría que se trataba de una casualidad muy estudiada.

Años conturbados

Si bien la líder inglesa se preocupó por exteriorizar el equilibrio entre la cortesía y la jovialidad, sobre todo en público, su vida estuvo impregnada de situaciones difíciles.

Según afirmó ella misma, el período más turbulento de su existencia fue el año 1992, definido como *annus horribilis*. En esa ocasión, sus hijos Carlos, Ana y Andrés rompieron sus respectivas uniones matrimoniales, siendo no sólo un duro golpe para la monarquía inglesa, sino un enorme entristecimiento para su corazón de madre.

Sin embargo, estos y otros infortunios no la abatieron. Siempre en actitud erguida, se diría que era portadora de un don capaz de sortear los acontecimientos nacionales y personales con finísima prudencia.

Reverencia por lo sagrado

Las ocasiones para manifestar esta virtud tan de su aprecio se dieron también en la esfera eclesiástica, habiendo mostrado extremo respeto e incluso auténtica simpatía por el papado.

Las fotos de los encuentros con pontífices, empezando por Pío XII, en 1951, hasta nuestros días, son de gran elocuencia. Lejos de la pretensión de tener una actitud discordante con el papado, Isabel II reconoció en el sucesor de Pedro al poseedor de un oficio muy superior al suyo.

¿Cómo se explica, por ejemplo, que cuando Benedicto XVI realizó, en 2010, la primera visita de Estado de un pontífice al Reino Unido desde la ruptura de Enrique VIII con la Iglesia Católica, en 1533, fuera recibido de un modo tan caluroso y, diríamos, filial?

Modelo impar de dignidad

De conformidad con el camino que eligió para sí, combinando las vicisitudes de una infancia transcurrida en medio de la guerra con los años siguientes que modelaron su decidido carácter, la trayectoria de Isabel II queda bien resumida en un principio explicitado por ella: «El dolor es el precio que pagamos por el amor». En efecto, quien mucho amó su misión y, en consecuencia, a su pueblo, por él también decidió entregar una vida entera.

En el epílogo de su existencia, se convirtió en un modelo impar de dignidad, honor y grandeza, puesto al servicio de su nación, pero que excedió los límites insulares del reino británico y de la Commonwealth.

Esperamos que en el umbral de la muerte, Dios le haya concedido a Isabel II las gracias necesarias para abrazar la verdad íntegra y, de esta forma, su alma fuera acogida en las moradas celestiales. *Long live the Queen!* ✧

Jarvis (CC by-sa 2.0)

Más que joyas... ¡un eslabón con el Cielo!

Coronas y joyas han sido, a lo largo de los tiempos, un símbolo indiscutible de poder. El misterio que encierran, no obstante, se eleva mucho más allá de la riqueza y del arte de sus formas, para casi tocar en lo divino…

Hna. Diana Milena Burbano, EP

El fascinante papel de las coronas, cuya trayectoria atraviesa la Historia, se remonta a los albores de la civilización. Desde la Antigüedad los césares de Roma se ceñían de laureles, los bárbaros germanos de preciosos metales y refulgente pedrería; y superándolos a todos ellos en grandeza y gloria, el propio Hijo de Dios quiso ser coronado de espinas.

¿Qué representarán para Dios y para los hombres estas singulares joyas?

Coronados por el Altísimo

Entre los israelitas era habitual el uso de coronas florales, como símbolo de la alegría y adorno festivo en banquetes y solemnidades.[1] Aunque también se distinguían como insignia de la realeza, otorgada directamente por Dios a sus dilectos: «He ceñido la corona a un héroe, he exaltado a un elegido de entre el pueblo» (cf. Sal 88, 20).

Ahora bien, mientras que en el pueblo judío los amados del Señor eran ensalzados por Él, en Roma sólo los valientes obtenían —de los hombres— tal galardón, representado por coronas de apariencia sencilla, pero que con el tiempo se transformarían en joyas esplendorosas.

El premio de los valientes

Ser héroe: he aquí la condición necesaria para ser coronado en el Imperio romano, no con el fatuo laurel de los césares, sino con la condecoración de los auténticos combatientes, de aquellos que escribieron la historia de la Ciudad Eterna a sangre y hierro, arriesgando sus vidas en el campo de batalla.

Para estos impetuosos militares fue cuando aparecieron las primeras coronas elaboradas. Aclamados por la multitud a su regreso de la guerra, los vencedores recibían la distinción que merecían sus hazañas: al primer soldado que escalara las murallas de una ciudad asediada se le concedía la *corona muralis*; al primero que invadiera el terreno enemigo, la *corona vallaris*; al que conseguía una victoria marítima, la *corona navalis*; al general que liberara a un batallón sitiado, la *corona obsidionalis*. Las categorías de las diademas destinadas a alabar las proezas de las legiones romanas se multiplicaban en cada combate e incluso estaban protegidas por la ley, que permitía a sus merecedores portarlas en su funeral o recibirlas después de su muerte.

Por lo tanto, las coronas eran bastante apreciadas por los romanos, que las consideraban una recompensa mucho más valiosa que cuantías de oro o de plata. Más tarde, esta tendencia acabó por influenciar a la cristiandad naciente.

La corona en la civilización cristiana

De manera que resulta natural que con la llegada del cristianismo algo de aquellas costumbres —purificadas y sublimadas por la sangre del Redentor— fueran adoptadas por los monarcas bautizados. Éstos terminaron por vincular bajo el simbolismo de la corona la gloria de los que combaten, la honra de los que gobiernan y el signo de la predilección divina.

Para los primeros emperadores católicos de Occidente, la corona repre-

sentaba la circunferencia de la Tierra y el poder universal concedido a los soberanos. Empezaron a ser coronados por el Papa, quien, a su vez, era el que ostentaba el poder supremo, temporal y espiritual, recibido con las llaves de San Pedro y reproducido en la tiara pontificia.

Desde entonces, la corona se convirtió en el ornato indiscutible de la verdadera realeza, y todas estarían rematadas por la santa cruz, símbolo de la salvación.

El peso de la carga, bajo el brillo del poder

A lo largo de los siglos, los cristianos han ido acondicionando las preciosas reliquias de la Pasión en verdaderas joyas, tesoros de un valor incalculable, gloria y memoria de la Redención para la Iglesia. Así, el hierro de uno de los clavos de la crucifixión del Señor se utilizó, según la tradición, para forjar una de las coronas más antiguas y famosas de la cristiandad: la Corona Férrea de Lombardía.

Cuentan que fue hecha en el siglo VI por la reina Teodolinda, como regalo para su marido, y pasó a ser la insignia oficial de los que ascendían al trono lombardo. Su base está formada por una lámina circular de hierro recubierta con placas de oro y piedras preciosas, que les recuerda a los que la llevan que contiene una carga cuyo peso está oculto bajo un brillo efímero y engañoso.

Se cree que la usó Carlomagno cuando fue coronado como rey de los lombardos en el 774.

Sacrificio y cruz en las coronas francesas

En tierras de la hija primogénita de la Iglesia, la joya que ciñó la frente de casi todos sus reyes, desde Felipe Augusto hasta Luis XVI, y que desgraciadamente acabó siendo destruida en los trágicos días de la Revolución francesa, fue llamada la Corona de Carlomagno.

Según la tradición, estaba compuesta por dos elementos: una diadema de oro con cuatro flores de lis y

En la civilización cristiana, la corona representaba el orbe terrestre y el poder otorgado a los reyes por el Papa, titular del poder supremo

shakko (CC by-sa 4.0)

La corona de San Luis, con reliquias de la Pasión - Museo del Louvre, París

engastada de piedras, y teniendo en su interior una especie de mitra de terciopelo rojo con incrustaciones de perlas y rematada por un gran rubí. Éste era símbolo de la sangre y del sacrificio, ornatos necesarios para los que ostentan el poder; las perlas sobre el terciopelo representaban las estrellas del cielo, esperanza de salvación para todo cristiano.

Esta característica unión entre el poder y la cruz alcanzó su auge en los días del rey San Luis IX, el cual supo, más que cualquier otro, ser un monarca crucificado en beneficio de su pueblo. Para simbolizar este sublime ideal que vivía y defendía, hizo que confeccionaran otra corona de un valor incomparable. La Corona de San Luis o Santa Corona posee en su interior reliquias de la Pasión rodeadas por gemas preciosas, una auténtica obra de arte y de piedad medieval.

Símbolo de la Jerusalén celestial

Una de las coronas más bellas y famosas del mundo se encuentra hoy día en Viena: la del Sacro Imperio Romano Germánico.

Pese a que figura en varios retratos sobre la frente del emperador Carlomagno, históricamente fue fabricada después de su muerte, para la coronación de Otón I en el 962, fecha en la que comenzó la historia del Sacro Imperio. Permaneció como prerrogativa del monarca supremo durante ocho siglos, siendo utilizada por última vez en 1792, para la coronación de Francisco II.

Aunque dieciocho emperadores fueron coronados por los Papas, no es

Reproducción

«La coronación de Carlomagno», de Friedrich Kaulbach - Maximilianeum, Múnich (Alemania). En la página anterior, la corona del Sacro Imperio Romano Germánico - Tesoro Imperial del Palacio Hofburg, Viena

cierto que esa joya fuera transportada a Italia en cada ceremonia. Sin embargo, después del Renacimiento la toma de posesión se trasladó a Aquisgrán o Frankfurt, y la corona se usó con más frecuencia.

Confeccionada en formato octogonal y enriquecida a lo largo del tiempo, las doce piedras que adornan su parte frontal simbolizan los cimientos de la Jerusalén celestial (cf. Ap 21, 19-20), modelo perfectísimo de sociedad al que el Sacro Imperio debía asemejarse. Las figuras en esmalte que representan a Jesucristo, David, Salomón, Ezequías e Isaías, así como la naturaleza de las gemas que las rodean y evocan el pectoral del sumo sacerdote de la Antigua Ley, subrayan el valor moral y sagrado de esta corona.

Joya que «personifica» la realeza

Quizá ninguna otra joya tenga una historia tan curiosa como la Santa Corona húngara.

Las leyendas nacionales la vinculan a la memoria del terrible Atila, rey de los hunos, que era considerado por los húngaros, con cierta razón, como uno de sus antepasados. Se cuenta que, poco antes de devastar la ciudad de Roma, un ángel fue enviado para detenerlo, prometiendo a sus descendientes una corona de duración infinita, otorgada por el Sucesor de los Apóstoles. Verídica o no, esa predicción se hizo realidad a principios del siglo XI, cuando el duque San Esteban —hasta entonces apóstol armado de Hungría— recibió la famosa corona de manos del papa Silvestre II, junto con el título de rey.

Era una obra de rara perfección, hecha de oro fino en forma de semiesfera y con incrustaciones de gran cantidad de gemas y perlas. Rematada con una cruz latina, estaba decorada con esmaltes y figuras que representaban a Jesús, la Virgen, los Apóstoles, algunos mártires y ángeles.

En 1702 el emperador de Oriente, Miguel Ducas, le obsequió al rey húngaro Geza II otra corona, abierta y de estilo bizantino, también muy preciosa. Veinte años más tarde, las dos diademas se fundieron en una sola, formando una nueva corona, superior en riqueza.

> *La Santa Corona de Hungría como que «personifica» la realeza; profanarla era, además de un crimen de lesa majestad, un sacrilegio*

Santa Corona de Hungría - Parlamento de Budapest

CSvBibra (CC by-sa 3.0)

Para los húngaros, esta corona como que «personificaba» la realeza. Las joyas que la decoraban deberían ser, más que materiales, espirituales. El propio San Esteban hizo un elenco de diez florones-virtudes con los cuales se debía honrar la Santa Corona de Hungría. Entre ellos figuraban la fe, el amor a la Iglesia, la fidelidad, la valentía, la prontitud, la cortesía y confianza de los príncipes y demás nobles, la paciencia y la justicia, los buenos consejos, la oración e incluso la riqueza cultural llevada a la nación por los inmigrantes.[2]

La Santa Corona era tratada por el pueblo como una persona real, con jurisdicción, palacio, oficiales y guardias propios. Profanarla era, además de un crimen de lesa majestad, ¡un sacrilegio! Los reyes sólo eran considerados como tales después de su coronación, y únicamente a partir de entonces sus actos se hacían legítimos y definitivos.

No obstante, tal veneración no impidió que la Santa Corona enfrentara a lo largo de los siglos sorprendentes vicisitudes, en medio de guerras y convulsiones políticas y sociales. Fue arrancada de su santuario, entregada por traición, sacada fuera del país, vendida y comprada de nuevo, perdida y reconquistada, y hasta enterrada al pie de un árbol, circunstancia que hizo que se inclinara hacia el lado de la cruz que la remata.

Prueba de amor a la monarquía

Bellísimas ceremonias y venerables costumbres nacieron en torno a las coronas. Sin embargo, entre las monarquías que han sobrevivido al curso de la Historia, la inglesa es de las pocas que aún realiza solemnes coronaciones y quizá sea la única que conserva gran parte de los ritos antiguos. Esta tradición floreció con San Eduardo el Confesor, teniendo raíces católicas, por tanto, a pesar de ser actualmente la ocasión en que se inviste al jefe de la Iglesia cismática anglicana.

Desde el siglo XIII, la Corona de San Eduardo fue usada en diversas consagraciones. Infelizmente, su versión original, conservada como una santa reliquia en la abadía de Westminster, acabó siendo fundida por Oliver Cromwell en 1649, durante la temporaria instauración de la república en Inglaterra. En 1660, empero, la monarquía fue restaurada bajo Carlos II, quien decidió fabricar otra diadema regia basada en la anterior. Honraba así la memoria de San Eduardo y simbolizaba el vínculo de su corona con el pasado británico.

Muchas de las joyas reales vendidas durante la república fueron compradas por monárquicos y después restituidas a la nueva corona. Por eso, la Corona de San Eduardo que hoy conocemos, con sus más de cuatrocientas piedras preciosas y semipreciosas engastadas en oro macizo, constituye una pieza de valor incalculable, un eco de la Edad Media en pleno siglo XXI y una afirmación categórica del amor de los ingleses por la realeza.

Eslabón entre el Cielo y la tierra

Numerosas coronas más habrían de ser consideras también. Al no permitirlo los ajustados límites de estas líneas, invitamos al lector a dirigir, finalmente, su atención a la que tal vez sea la más bella de todas: la Corona Imperial de Austria. Confeccionada en 1602 por Rodolfo II como joya de uso personal, pasó al tesoro del Sacro Imperio Romano Germánico y, después del Congreso de Viena, al del Imperio austríaco.

Riquísima, pero de trazos suaves —casi se diría «paternales»—, su base está constituida por un anillo de oro con ocho florones, decorado con perlas y piedras preciosas. De su interior se eleva una mitra dividida en dos partes, compuesta de oro, perlas y bellos esmaltes, que expresa el carácter sagrado del Imperio austríaco, continuador del Sacro Imperio Romano Germánico. Dos diademas engastadas con ocho diamantes completan el conjunto.

Sin embargo, su adorno más hermoso es el zafiro que la remata, cuyo azul centelleante parece concentrar la inmensidad del firmamento y nos recuerda la morada celestial. A través de la corona, símbolo de la realeza, el Cielo se presenta unido a la tierra por la cruz, rememorando el origen divino del legítimo poder temporal.

Una corona imperecedera

El punto que quizá sintetice la belleza de todas las coronas consideradas en este artículo, más valioso que cualquiera de las joyas que las componen, es sin duda su simbolismo. «Admirable, legítimo y profundo poder de los símbolos», ponderaba sabiamente el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, «negado solamente por quien no tiene inteligencia para comprenderlo, o quien quiere destruir las altas realidades que estos símbolos expresan. Y ¡ay! del país en que —cualquiera que sea la forma de gobierno […]—, la opinión pública se deja engañar por demagogos vulgares, endiosando la trivialidad y simpatizando sólo con lo que es banal, inexpresivo, común».[3]

> *Todos nosotros, los bautizados, somos príncipes herederos del Cielo, a quienes les ha sido reservada una «corona inmarcesible de la gloria»*

Y no podemos dejar de considerar el aspecto más elevado de ese simbolismo. Todos nosotros, los bautizados, somos príncipes herederos del más grandioso de los reinos: el de los Cielos, que Nuestro Señor Jesucristo vino a predicar a fin de elevar nuestras vistas hacia la eternidad. *Sic transit gloria mundi*… Pese a ser indiscutiblemente bellas y simbólicas, las coronas que aquí hemos mencionado fueron o serán olvidadas; marcaron los anales de la Historia, pero terminarán en el ocaso de los tiempos. A cada uno de los hombres, no obstante, le ha sido reservada «la corona inmarcesible de la gloria» (1 Pe 5, 4), que el supremo Pastor concederá a los que hayan sido fieles hasta la muerte.

Por consiguiente, a nosotros se dirige esta recomendación del Apocalipsis: «Mantén lo que tienes, para que nadie se lleve tu corona» (Ap 3, 11). ✧

Falk2 (CC by-sa 4.0)

Corona Imperial de Austria - Tesoro Imperial del Palacio Hofburg, Viena

---

[1] Los datos históricos contenidos en este artículo están basados en la obra: CHAFFANJON, Arnaud. *La merveilleuse histoire des couronnes du monde*. Paris: Fernand Nathan, 1980.

[2] Cf. ROHRBACHER, René François. *Vidas dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959, t. XV, pp. 433-437.

[3] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Têm os símbolos, a pompa e a riqueza uma função na vida humana?». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año VII. N.º 82 (oct, 1957); p. 5.

El verdadero modo de ejercer la autoridad

A propósito de una fotografía de la catedral de Viena y del filme de la coronación de la reina Isabel II de Inglaterra, el Dr. Plinio teje oportunas consideraciones sobre la forma de ejercer el mando.

Plinio Corrêa de Oliveira

El mando, entendido en su sentido estricto, es el poder que a una persona investida de autoridad religiosa o civil —ya sea un militar o meramente un administrativo— le da derecho a decirle a un subalterno: «¡Piensa de este modo porque así es como se debe pensar!», «¡Hazlo de este modo porque así es como se debe hacer!; o bien: «¡No pienses de esa manera porque estás equivocado!», «¡No lo hagas así porque está mal!».

Existe, pues, una escala de poderes, para ordenar el pensamiento o la acción, que lleva al individuo sobre el que se ejerce el mando a alterar el curso de lo que piensa o hace, según lo que la autoridad disponga.

Obstáculos de la naturaleza humana para obedecer

En la naturaleza humana hay, sin embargo, muchos obstáculos a la obediencia. A menudo, el hombre no quiere obedecer porque tiene la tendencia innata, desfigurada por el pecado original, de hacer lo que cree que debe realizar y no lo que el otro le está mandando. Por ello, cuando no comprende una orden o no está de acuerdo con ella; cuando se trata de una orden penosa, que conlleva un sacrificio que juzga innecesario; cuando el sacrificio es necesario, pero le desagrada; o por todas estas razones juntas, el hombre se indigna y tiende a sublevarse contra la autoridad, diciendo: «Te voy a enseñar cómo funcionan las cosas. No obedeceré».

Entonces se configura una situación enfermiza y peligrosa: una crisis en las relaciones entre quien manda y quien obedece. En ese caso, es preciso que la autoridad comprenda que esa coyuntura puede derivar en un resultado imprevisto. Si da órdenes en un estilo duro y gritón —«¡Te estoy obligando! ¡Agacha la cabeza!»— es posible que el problema se agrave y que el súbdito, ofendido por el remedio aplicado, sea conducido a una explosión, una huida, una ruptura o hasta una agresión.

Dicho desenlace no es la victoria sino el fracaso de la autoridad.

En general, la orden es dada en beneficio del subalterno

Esto se entiende tanto más cuanto que, en general, la orden es dada en beneficio de quien está obedeciendo, incluso aunque le suponga un sacrificio.

Por ejemplo, la autoridad envía un soldado a la guerra. Aparentemente no es en provecho suyo, porque puede regresar tullido, mutilado o muerto. No obstante, por el orden natural de las cosas, cuando un país es agredido, todos los miembros válidos de esa nación deben aceptar la convocatoria hecha por la autoridad: tomar las armas y luchar. Pues, de lo contrario, el país desaparece. Esto está muy bien expresado en el Libro de los Macabeos (cf. 1 Mac 3, 59): más le vale al hombre morir que vivir en una tierra devastada y sin honra, es decir, en una tierra en la cual los que la habitan no tienen el sentido del honor, el sentido de la resistencia hasta dar la sangre para mantener en alto la bandera nacional y, sobre todo, el estandarte sacrosanto de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, patria de las almas de todos los vivientes. Por ello, el que recibe la orden: «¡Vaya a combatir!», sale beneficiado.

Sin embargo, a menudo no lo entiende así —es difícil imaginar que todos los hombres lo comprendan con facilidad, máxime en la hora del peligro— y puede rebelarse.

Si eso sucede, la autoridad —que lo está enviando por el bien común y por el bien del individuo— obtendrá como resultado que el mal se instale en su alma. Y su propia deserción será un mal para el país, porque todo soldado que deserta le substrae a la nación una fuerza que le pertenece. Conclusión: un fracaso de la autoridad.

La relación padre e hijo en el mandar y el obedecer

Ante el rechazo o el recibimiento malhumorado de quien obedece de mala gana, relajadamente, «minimalistamente», haciendo lo menos posible, la autoridad afronta un problema moral y psicológico que debe resolver.

¿Cuál es el problema?

Cómo actuar sobre el alma de ese súbdito de modo que cambie de ánimo, quiera hacer lo que debe y no se rebele contra la voluntad de su superior; y que, por el contrario, exista un consenso entre él y la autoridad, y de esa manera las relaciones entre quien manda y quien obedece alcancen el auge de la normalidad, que es la relación padre e hijo.

Un buen padre que manda sobre un buen hijo es el auge de la disciplina. Y el que ejerce la autoridad debe hacer lo posible por establecer ese modo de relación con su súbdito.

¿Cómo se consigue eso?

En primer lugar, el superior ha de hacerse entender en todos los sentidos —digo en todos los sentidos a propósito—, de manera que el subalterno se encuentre en tal disposición que en él no surjan las olas de la inconformidad, sino que, por el contrario, tenga alegría y buena disposición de alma en hacer lo que debe.

La colaboración de la bondad con la fuerza

Existe una postal de la catedral de San Esteban, de Viena, fotografiada de noche, donde se la puede ver bastante iluminada, en la que se aprecian dos construcciones completamente distintas: una torre enorme, pero muy delicada —esbelta y fuerte al mismo tiempo— y, a su lado, un edificio mucho más bajo, como apoyado en la audaz torre de la catedral. Da la impresión de una casa de familia adosada a una fortaleza; o de una esposa junto a su esposo. El esposo es la torre: fuerte, enérgico, luchador. La esposa, el segundo edificio: delicada, madre de familia amorosa.

Moahim (CC by-sa 4.0)

Catedral de San Esteban, Viena

La unión de la bondad con la fortaleza sintetiza el estado temperamental que debe poseer quien ejerce la autoridad

La colaboración de la bondad con la fuerza, para dar la figura del estado temperamental de quien ejerce la autoridad, se deja ver en este símbolo de la Iglesia, que es la autoridad de las autoridades. Sin ella ninguna autoridad tiene el fundamento necesario ni prevalece durante el tiempo necesario.

La autoridad de quien representa el derecho, la bondad, la delicadeza sería demasiado frágil para subsistir sin la fuerza. Pero la fuerza sería demasiado bruta sin esa dulzura. La conjugación de ambas virtudes hace que el súbdito, en sus buenos momentos, se empape de la dulzura y, en sus momentos difíciles, tenga sus «abultamientos» de alma alisados a la garlopa por la acción de la fuerza. Y así se establece el equilibrio de las relaciones humanas.

Ceremonia de coronación de la reina de Inglaterra

Este modo de entender la autoridad hizo que, en el tiempo áureo de las monarquías católicas de Europa, hubiera en todas las ceremonias del trono una mezcla de majestad y de fuerza.

Como reminiscencia de ellas tenemos, por ejemplo, la coronación de la reina de Inglaterra.

En el cuerpo de la iglesia, se veía al clero anglicano con ornamentos vagamente parecidos con los de la Iglesia Católica y, por tanto, vagamente bonitos. Tribunas especiales acogían a los nobles, todos con las coronas correspondientes a sus respectivos títulos de nobleza. Frente al altar, muy próximo a éste, estaban los tronos donde se sentarían la nueva reina y su esposo; a derecha e izquierda, los asientos para los miembros de la casa real inglesa. Y también figuraban los miembros de las casas reales de otros países de Europa, que habían acudido a la coronación.

La ceremonia fue lindísima y un número enorme de personas del pueblo asistió en el interior de la amplia abadía de Westminster.

Se hizo un largo cortejo acompañando a la reina, desde el palacio de Buckingham hasta la abadía. Las principales figuras de la ceremonia desfilaron en carrozas tradicionales doradas, con pinturas, ventanas de

Fotos: Reproducción

Aspectos de la ceremonia de coronación de la reina Isabel II el 2 de junio de 1953 - Escenas del documental «A

cristal, plumas y lacayos con sombreros de tres picos.

Durante todo el recorrido se veían príncipes europeos con sus magníficos uniformes y sus condecoraciones. También destacaban marajás, sultanes y toda clase de potentados del mundo aún misterioso de Oriente, algunos desplazándose en sus propios carruajes, que habían llevado ellos mismos.

Luego pasaron los hombres eminentes, como Churchill y Eden, que habían salvado Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Había un entusiasmo enorme.

Alguien podría decir: «¿Para qué sirve todo esto?».

Para ungir —en el sentido propio de la palabra, es decir, recubrir con el óleo de la comprensión, de la admiración, del respectivo amor— las relaciones entre el rey y la reina, por un lado, y el pueblo, por otro; para que éste comprendiera qué es un rey y una reina, qué es mandar y obedecer. Pero también para que hubiera tal comprensión por parte del rey y de la reina, al comprobar aquel entusiasmo que llegaba hasta ellos de todas partes, desde los altos edificios de Londres llenos de gente en las ventanas engalanadas, que los saludaban al pasar. El pueblo abarrotaba las calles, incluso de barrios pobres, colocados por todas partes, encaramados en los postes, en los tejados de las casas, y aplaudiendo, aplaudiendo, aplaudiendo. Y los monarcas los saludaban.

Donde el amor admira, la admiración ama y la buena inteligencia se establece; y cuando esto sucede, las instituciones se vuelven sólidas

Amor y admiración

¿Qué quería decir este «dueto»?

Significaba: «Nosotros nos queremos, comprendemos lo que cada uno es para el otro. El principal fundamento de nuestras buenas relaciones consiste en el amor recíproco, y la razón por la cual nos amamos es el hecho de entendernos, querernos y admirarnos».

Donde el amor admira, la admiración ama, la buena inteligencia se establece; y donde se da esa mutua visión, ese mutuo entendimiento, las instituciones se vuelven sólidas. La base de aquellas buenas relaciones es el amor y, secundariamente, el temor. Se aman porque se comprenden, y se comprenden porque supieron mostrarse el uno al otro en su mejor aspecto. Y ese entendimiento dura un reinado entero.

Digamos que los aplausos al inicio de un reinado van hasta el toque de difuntos de su término. Y en el comienzo del nuevo reinado, todos se preparan para nuevos aplausos y nuevo toque de difunto, cuando acabe. Es una fuente continua de amor, de admiración, de esperanza cuando un reinado nace; de tristeza cuando muere; de afecto en todas las ocasiones. Esto hace fuerte a la nación, como una torre levantada en medio de una llanura; nada puede atentar contra ella.

Pero esta actitud no debe existir únicamente en los grandes días, sino también en la vida diaria. Un rey que sólo presente un aire regio en su coronación, y que tenga modales un tanto apocados en lo cotidiano, está suicidándose y destruyendo paso a paso lo que construyó el primer día de su reinado.

Un reinado es una coronación continua, una reafirmación continua de la corona, por parte del rey, de la reina y de los miembros de la familia real donde quiera que estén. El propio burbujeo de la mutua comprensión, de la mutua admiración, del mutuo amor es el que hace que le sea más fácil a la autoridad mandar.

El sacrificio de la seriedad permanente

Los antiguos expresaban estas verdades —que estoy tratando de resumir con la escena grandiosa de la coronación— de mil maneras diferentes en la vida cotidiana.

Por ejemplo, en el modo por el cual en incontables hogares de toda la cris-

Queen is Crowned»

tiandad, aún a mediados del siglo XIX, los padres siempre bendecían los alimentos cuando llegaban a la mesa, tanto en casas pobres como en palacios. El padre se sentaba primero, después todos le seguían. A su lado, en una silla menos imponente, pero en un lugar más accesible, se acomodaba su esposa. Ellos presidían la comida como presidían la vida de su familia, así como esa circulación mutua de amor y de admiración, que forma la esencia de la buena ordenación de las cosas.

Esto supone por parte de todos, un sacrificio: el de la seriedad permanente. Nunca una broma sin ton ni son, vulgar; sobre todo una broma sucia o inmoral, *au grand jamais*, nunca jamás.

Felipe Arcas

Comida en familia - Real monasterio de Brou, Bourg-en-Bresse (Francia)

Al contrario, existía una conversación afable, agradable, en que cada uno contaba las novedades que conocía, y todos se interesaban en la vida de los demás. Era una convivencia despreocupada que, en los días festivos, continuaba después de la comida durante el tiempo que quisieran. Después la familia se dispersaba: cada cual se iba a su rincón, pero con el corazón lleno de amor.

Ésta es la familia patriarcal, verdadera base de la sociedad. En ella vemos bien qué es el mando, pues el hijo podía ser mayor de edad, pero cuando el padre daba una orden obedecía contento porque se trataba de la voluntad de su padre.

La autoridad nunca debe buscar ventajas personales

En esta atmósfera de afecto y de mando se ejerce la influencia, que es la actitud de alma por la cual alguien transmite no sólo una convicción, sino un sentimiento, un amor: o comunica un odio al mal, lo que a veces es indispensable saber hacerlo. Mientras no exista la conjunción armónica de odio y de amor, nadie habrá aprendido a mandar.

Esto también se aplica a la vida cotidiana de los miembros de nuestro movimiento, con los dirigentes inmediatos de las funciones, de las secciones o de las comunidades en las que viven, y con los demás, hermano con hermano, igual con igual, viviendo del mismo modo, con el mismo principio de armonía proporcional, del odio y del amor a cosas mucho mayores que nosotros, que nos exceden por completo. No estamos juntos única ni principalmente porque nos queremos, sino esencialmente porque queremos a aquel para el cual nacimos, queremos a Dios, a la Virgen, a la Santa Iglesia, queremos el Reino de María. Y nos queremos porque juntos queremos el mismo ideal.

En la vida familiar, los padres presidían esa circulación mutua de amor y de admiración, que forma la esencia de la buena ordenación de las cosas

Este ideal es tan grande, tan verdadero, tan perfecto, que lo hacemos todo por él. Consecuencia: lo hacemos todo unos por los otros y, en el momento en que unos mandan y otros obedecen, un particular amor, una particular solidaridad nos reúne.

El subalterno debe tener el siguiente pensamiento: «Me está mandando para gloria de Nuestra Señora. ¡Voy a obedecer!». Y el superior: «Estoy ejerciendo la autoridad para gloria de Nuestra Señora. Con qué cuidado, respeto, afecto, voy a dirigir esta alma, que ha sido puesta en mis manos para que yo mande en ella. ¡Sabré escoger la hora y la palabra apropiada, en el momento en que yo vea que este hijo mío está en crisis! Y elegiré hasta la inflexión de voz y la mirada oportunas, para ayudarlo a levantarse de los escombros de sí mismo y a rehacerse. Es necesario que sienta que estoy con más pena de él de la que él tiene por sí mismo, porque eso no da en molicie sino en estímulo. Sin embargo, ¡quiero que cumpla con su deber!».

Cuando esto sucede y el subalterno percibe que la autoridad no busca ninguna ventaja personal, sino solamente la victoria de la causa de la Contra-Revolución, ahí habrá aprendido a mandar. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XV. N.º 174 (set, 2012); pp. 6-13.

«Hasta hoy la tierra brilla con su resplandor»

Andreas F. Borchert (CC by-sa 3.0)

Francisco de Assis Silveira Leite Esmeraldo

Es lo que San Pío X afirmó acerca del abad y fundador San Columbano, el cual, entre los monjes misioneros que pasaron desde las islas británicas al continente europeo, brilla como gran impulsor del monacato occidental.

Casi desconocida en el continente europeo hasta finales del siglo IV, Irlanda se hizo profundamente cristiana gracias a la evangelización iniciada allí por San Patricio. Y el extraordinario florecimiento de la vida religiosa visto en esas tierras le valió el nombre de *Isla de los santos*.

Sin embargo, a principios del siglo VI numerosos monjes la abandonaron para ir a evangelizar a los pueblos bárbaros de la naciente Europa. «El monacato irlandés hizo así de puente entre el Imperio romano y su cultura que desaparecía y el mundo nuevo que pugnaba por salir a la luz».[1]

Entre todos los religiosos que salieron de la isla en aquella época, San Columbano se destaca de un modo admirable como el misionero irlandés más insigne.

Joven de una gran inteligencia y belleza

Poco se conoce acerca de su nacimiento y primeros años de vida. Se sabe que nació en Leinster hacia el año 550, en torno al mismo período de la muerte del patriarca San Benito.

Su educación e instrucción fueron esmeradísimas desde su cuna, habiéndole ejercitado sus padres en el aprendizaje de la Sagrada Escritura y de las ciencias literarias. «Estudió Gramática, Retórica, Geometría y otras disciplinas más adecuadas a la formación de un joven culto, según la costumbre de aquellos tiempos y lugares».[2]

Además de dones espirituales, la Providencia lo dotó de gracia y de particular belleza física, lo cual podía ser motivo para abandonarse a las pasiones desordenadas y al pecado. De hecho, no faltaron jóvenes vanidosas que, movidas por lascivia, trataron en vano de arrastrarlo a la perdición.

Con 15 años, escandalizado con lo engañoso de esta vida pasajera y sintiendo la necesidad de preservarse de los excesos del mundo, buscó consejo en una virgen reclusa que vivía en olor de santidad en los alrededores. Le expuso sus tentaciones y le pidió que le indicara un remedio seguro para no caer en ellas. «Huye; huye si quieres salvarte. Para tu edad y tus circunstancias no hay cautela que baste si te quedas en el siglo. No te pienses que puedes impunemente mirar, hablar y moverte en medio de las vanidades femeninas sin probar su veneno. […] ¡Huye, hijo mío querido!; ¡huye si quieres evitar caídas y quizá la ruina eterna!».[3]

El comienzo de una gran vocación

Las palabras de la venerable anciana resonaron hondamente en Columbano. Percibió que este era el llamamiento que Dios le hacía y huyó del mundo y de sus peligros. Primero se retiró a la casa de un santo varón llamado Silene,

muy piadoso y gran conocedor de los textos sagrados, y luego se marchó a un convento de Bangor, por entonces el más célebre de Irlanda.

Con tres mil religiosos imbuidos del primitivo fervor monástico, el cenobio brillaba iluminado por su abad, San Congal, reputado por su austeridad y su paternidad para con sus discípulos. Decidido a ser un verdadero santo, Columbano fue acogido benignamente por él. Después de haber recibido el hábito, su espíritu inflamado encontró en ese lugar el alimento que tanto deseaba, y empezó a dar pasos de héroe en las vías de la renuncia y de la abnegación. Permaneció allí algo más de diez años, y en ese tiempo fue ordenado sacerdote.

No obstante, sentía que otras tierras y otros pueblos lo llamaban, y resolvió dirigirse hacia la Galia. San Congal, al ver en ese anhelo una inspiración divina, le concedió el permiso para marchar con doce de sus condiscípulos, en honor a los doce Apóstoles.

Abundantes frutos de su ardor apostólico

A los pocos días de viaje desembarcaba ya en la Galia, a la que consagraría la mitad de su vida. En aquella época se hablaba precisamente de una enorme decadencia del espíritu religioso, que había tenido tan buen comienzo un siglo antes con Clodoveo, a causa de las frecuentes invasiones de los enemigos externos o de la negligencia de los pastores.

En Borgoña, el rey Gontrán le ofreció un antiguo castillo romano en ruinas, en mitad del bosque, para que se estableciera. Allí inició su primera fundación, Annegray, que se hizo famosa en toda la comarca. Pasó varios años entre sus severas paredes, llevando una vida ruda y austera, hasta que el excesivo número de discípulos le obligó a emprender una nueva fundación: el monasterio de Luxeuil, que en siglos posteriores fue uno de los centros más pujantes e insignes de la cultura y de la civilización europeas, una especie de Monte Cassino francés. Luego seguiría la fundación del de Fontaine.

Inmensos beneficios sobrevinieron de estas iniciativas. Los bosques y terrenos baldíos en los que se instalaban los monasterios enseguida eran cultivados y desbrozados. Numerosas regiones de la actual Francia fueron urbanizadas por los monjes, que «sabían realizar el pesado trabajo del campo con la misma perfección con que escribían los delicados pergaminos de sus códices y se esforzaban en guiar a las almas con su ardiente palabra».[4]

Lumbrera de virtud y santidad

En poco tiempo la acción de Columbano dio un fuerte impulso a la vida religiosa y la temporal en Europa, porque «de más de cincuenta [de los conventos] de todo el continente se puede probar que estuvieron bajo el influjo de los monjes traídos por él. Por otro lado, precisamente ese plantel incomparable de monasterios fue en los siglos siguientes la base de todo lo que significa civilización».[5]

Igualmente poderosa fue su influencia personal. Sus fogosos discursos parecían transmitirles a los hombres la voz del Altísimo, y en su rostro brillaba visiblemente la fuerza de Dios. Los obispos lo miraban con admiración y respeto, reyes de todas partes acudían a consultarle y el pueblo lo veneraba. Cuando salía del monasterio para visitar una provincia, las vocaciones brotaban a su paso.

El Señor le comunicó también el don de imprimir en el corazón de los jóvenes el más puro y elevado espíritu monacal, y desarrollarlo en ellos de una manera incomparable. Los niños eran entregados por sus progenitores para que los educara en la piedad y en las letras, y los formara en la disciplina monástica.

Regla y disciplina, vehículos de atracción hacia la vida monástica

En las vigorosas manos de este santo prior el trabajo y la oración alcanzaron proporciones sin precedentes hasta entonces. La muchedumbre de monjes formada tanto por siervos como por nobles ascendió rápidamente a seiscientos; favorable ocasión que supo aprovechar para instituir el llamado *laus perennis*, una serie de oraciones e himnos rezados a lo largo del día y de la noche, durante los cuales los religiosos elevaban sus voces, «tan infatigables como las de los ángeles»,[6] en alabanza a Dios pidiéndole por los pecadores, por la cristiandad y por la concordia entre los reyes.

El incansable abad también escribió en Luxeuil, donde residió casi veinte años, un conjunto de normas —la *Regula monachorum*, que durante cierto tiempo llegó a ser más difundida que la benedictina—, como cimiento y sostén del edificio espiritual iniciado por él.

La acción de Columbano dio un nuevo impulso a la vida religiosa y la temporal en Europa

San Columbano entrega la regla monástica a San Valberto - Abadía de Luxeuil-les-Bains (Francia). En la página anterior, San Columbano - Catedral de la Inmaculada Concepción, Sligo (Irlanda)

Francisco Lecaros

El santo abab no dudó en reprochar abiertamente las costumbres de su época

San Columbano, de Antonio Rodríguez - Museo de Arte de Querétaro (México)

Asimismo, redactó *De pœnitentiarum misura taxanda*, obra mediante la cual «introdujo en el continente la confesión y la penitencia privadas y reiteradas; esa penitencia se llamaba "tarifada" por la proporción establecida entre la gravedad del pecado y la reparación impuesta por el confesor. Estas novedades suscitaron sospechas entre los obispos de la región, sospechas que se convirtieron en hostilidad cuando San Columbano tuvo la valentía de reprochar abiertamente las costumbres de algunos de ellos».[7]

Acción que no dejó de despertar enemigos

Cuando estuvo en Austrasia, región que se extendía a ambos lados de la frontera de las actuales Francia y Alemania, se vio envuelto en un conflicto con la reina Brunegilda, abuela del joven monarca Teoderico II, por el honor de la moral cristiana.

La ambición de gobernar en solitario llevó a Brunegilda por mal camino, pues, al temer que su nieto se casara con una princesa que eclipsara su poder, lo influenció para que viviera con concubinas. Movido por su celo pastoral, el santo abad logró que contrajera matrimonio lícitamente, pero tanta fue la presión ejercida por su abuela que en menos de un año Teoderico repudió a su legítima esposa y comenzó una vida de adulterio.

Cierta vez, estando de visita en la corte, el monje se encontró con esa indigna mujer, quien le presentó a los cuatro bastardos de Teoderico:

—Estos son los hijos del rey, fortalécelos con tu bendición.

—¡No! —le contestó Columbano—. No van a reinar.[8]

A partir de ese momento, Brunegilda le juró una guerra a muerte contra él. Prohibió que sus monjes salieran del monasterio y recibieran ayuda de quien quiera que fuese. El intrépido irlandés fue entonces al encuentro de Teoderico, para tratar de iluminarlo y conducirlo de vuelta a las buenas costumbres. Al enterarse de que el abad había llegado, pero que no quería entrar en el palacio, el rey hizo que le llevaran una comida suntuosamente preparada a fin de conquistarlo. Columbano se negó a aceptar alimentos que venían de la mano de aquel que acababa de permitir tan duro golpe contra sus hijos espirituales. Tan sólo trazó una señal de la cruz sobre las bandejas que contenían los diversos platos y todas se rompieron milagrosamente.

Teoderico se asustó mucho con el prodigio y fue a pedirle perdón, prometiéndole enmendarse. Pero el rey, en su desenfreno y, presionado por su abuela, expulsó brutalmente al santo de sus territorios, amenazándole incluso con violar la regla de los conventos. Columbano, sin embargo, le advirtió, con su habitual audacia: «Si venís aquí para destruir nuestro monasterio, sabed que vuestro reino, con toda vuestra raza, serán destruidos».[9]

Injusto destierro

Columbano fue trasladado de su comunidad a la ciudad de Besanzón, hasta que decidieran su destino. No obstante, el valeroso guerrero de Cristo tomó de nuevo el camino de Luxeuil para estar con sus monjes. El rey, cegado por la ira, envió emisarios para que lo llevaran de vuelta, aunque fuera por la fuerza.

Los hombres llegaron cuando estaba rezando los salmos con la comunidad y le ordenaron que regresara a Besanzón, desde donde tendría que abandonar el continente. Les respondió que, tras haber dejado su patria para el servicio de Jesucristo, sabía que no era voluntad de Dios que volviera allí. Ante tal manifestación de fidelidad y firmeza, los emisarios se arrodillaron, le imploraron perdón y le dijeron que su rechazo significaría la muerte de todos…

Ante la injusticia que sería cometida contra ellos, «el intrépido irlandés cedió, y abandonó el santuario que había fundado, en el que había vivido durante veinte años y que nunca volvería a ver».[10] Un escalofrío de tristeza y aprensión se apoderó de los monjes y muchos se dispusieron a acompañarlo en el destierro; intención, no obstante, enseguida frustrada debido a la prohibición real de marcharse del

Reproducción

«Si venís aquí para destruir nuestro monasterio, sabed que vuestro reino, con toda vuestra raza, serán destruidos»

La reina Brunegilda, de Mary Evans

monasterio, aplicada a quienes no fueran irlandeses.

En su exilio, Columbano recorrió varias regiones de la Galia, en las cuales realizó milagros y portentos. En cierta ocasión, reafirmó la maldición que el Altísimo había decretado contra la familia real, ordenándole a uno de sus guardias que le transmitiera a Teoderico este mensaje: «Ve y dile a tu amigo y señor que dentro de tres años él y sus hijos serán aniquilados, y que toda su raza será exterminada por Dios».[11]

Columbano pasó por la corte de Clotario II, rey de Neustria —al norte de la Francia hodierna—, y allí predijo que un día él reinaría sobre todos los francos.

Filippo (CC by-sa 2.0)

En Bobbio, San Columbano construyó su último monasterio; de allí se retiró a una cueva, donde vivió en ayuno y oración hasta el día de su muerte

Abadía de San Columbano, Bobbio (Italia)

Últimos años de un arduo combate

Decidió, finalmente, dirigirse a Italia, fértil terreno para el apostolado, donde el paganismo y el arrianismo amenazaban la expansión de la Iglesia. Aunque arriano, el rey de los lombardos, Agilulfo, lo recibió benignamente. Tan pronto como llegó a Milán, Columbano se puso a escribir contra la pérfida herejía, que se imponía principalmente entre la nobleza lombarda.

El rey no le retiró su amistad por esto, sino que le donó tierras en una zona llamada Bobbio, donde el abad restauró una antigua iglesia dedicada a San Pedro y construyó su último monasterio, que durante mucho tiempo fue el baluarte de la ortodoxia contra los arrianos y un foco de ciencia y enseñanza que iluminaba toda la Italia septentrional. Su escuela y su biblioteca, rica en códices, se hicieron las más famosas de la Edad Media.

Durante los tres años que estuvo en Bobbio se cumplió la profecía que había hecho sobre la familia de Teoderico: éste murió repentinamente con 26 años, la reina Brunegilda fue asesinada brutalmente y los dos niños mayores, hijos del rey, fueron masacrados. En cuanto a Clotario II, se convirtió, a hierro y sangre, en el único rey de todos los francos, como había predicho el santo.

El final de sus días

En Italia, el venerable abad terminó sus días revestido de la misma radicalidad con la que había emprendido el camino de la santidad. Buscando una soledad aún mayor de la que tenía en el monasterio, en Bobbio encontró una cueva que transformó en capilla dedicada a la Santísima Virgen. Allí pasó sus últimos días en ayuno y oración, yendo al convento tan sólo los domingos y días de fiesta. El 21 de noviembre del 615, dejó este mundo para vivir con Dios, en compañía de los ángeles y de los bienaventurados.

En palabras de Benedicto XVI, «El mensaje de San Columbano se concentra en un firme llamamiento a la conversión y al desapego de los bienes terrenos con vistas a la herencia eterna. […] Constructor incansable de monasterios, y también predicador penitencial intransigente, dedicó todas sus energías a alimentar las raíces cristianas de la Europa que estaba naciendo. Con su energía espiritual, con su fe y con su amor a Dios y al prójimo se convirtió realmente en uno de los padres de Europa».[12] ✧

---

[1] ÁLVAREZ GÓMEZ, CMF, Jesús. *Historia de la vida religiosa*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1987, t. I, p. 433.

[2] GIANELLI, Antonio. *Vita di San Colombano abbate irlandese*. Torino: Fontana, 1844, p. 4.

[3] Ídem, pp. 5-6.

[4] SCHNÜRER, apud ECHEVERRÍA, Lamberto de et al. (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 1959, t. IV, p. 433.

[5] ECHEVERRÍA, Lamberto de et al. (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 1959, t. IV, p. 433.

[6] GUÉRIN, Paul. *Les petits bollandistes. Vies des Saints*. 7.ª ed. Paris: Bloud et Barral, 1882, t. XIII, p. 530.

[7] BENEDICTO XVI. *Audiencia general*, 11/6/2008.

[8] Cf. GUÉRIN, op. cit., p. 531.

[9] Ídem, p. 532.

[10] Ídem, p. 533.

[11] Ídem, p. 534.

[12] BENEDICTO XVI, op. cit.

De las calumnias a la destrucción

Al analizar la historia de Brasil nos encontramos, como perdida entre los velos del tiempo, con la destrucción de una ciudad que guarda cierta similitud con el odio injusto y criminal del mundo para con los elegidos de Cristo.

Eduardo José Ribeiro Matos

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia» (Jn 15, 19). ¡Cuán duras parecen estas palabras del divino Maestro! Quien opta por el camino de la justicia, de la vida según Dios, tiene que soportar el terrible peso del odio a su alrededor.

Y esto no es de hoy. Se trata de algo muy antiguo. Como bien se destila de una de las epístolas de San Juan, este odio atraviesa los siglos, desde el justo Abel hasta nuestros días. De hecho, Caín cometió el primer fratricidio «porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran justas» (1Jn 3, 12).

Al analizar la historia de Brasil nos encontrarnos, como perdida entre los velos del tiempo, con la destrucción de una ciudad que guarda cierta similitud con ese odio injusto y criminal por parte del mundo.

Un líder natural

Antonio Vicente Mendes Maciel, apodado «Consejero» —hombre de tez blanca, alto, delgado, anciano, cabello y barba respetables, vestido con una túnica de tosco tejido, apoyado en un áspero bastón—, al constatar el florecimiento de la ciudad de Canudos, su obra maestra, veía en ella de alguna manera el corolario de la trayectoria de su vida.

Nacido en 1828, en la entonces Provincia de Ceará, perdió a sus padres cuando aún era joven. Siendo ya adulto, a los pocos años de ser abandonado por su esposa, se dedicó a construir iglesias y cementerios para ganarse la vida. Debido a sus capacidades y la sinceridad de sus actos, en el contacto con el pueblo comenzó a ser considerado confidente y líder natural. Según afirma el famoso historiador de Canudos, Euclides da Cunha,[1] Consejero dominaba aquellas gentes sin quererlo.

Reproducción

Por sus capacidades y la sinceridad de sus actos, Antonio Consejero era un líder nato

Retrato de Antonio Consejero publicado en el periodico «O Frivolino», en febrero de 1897

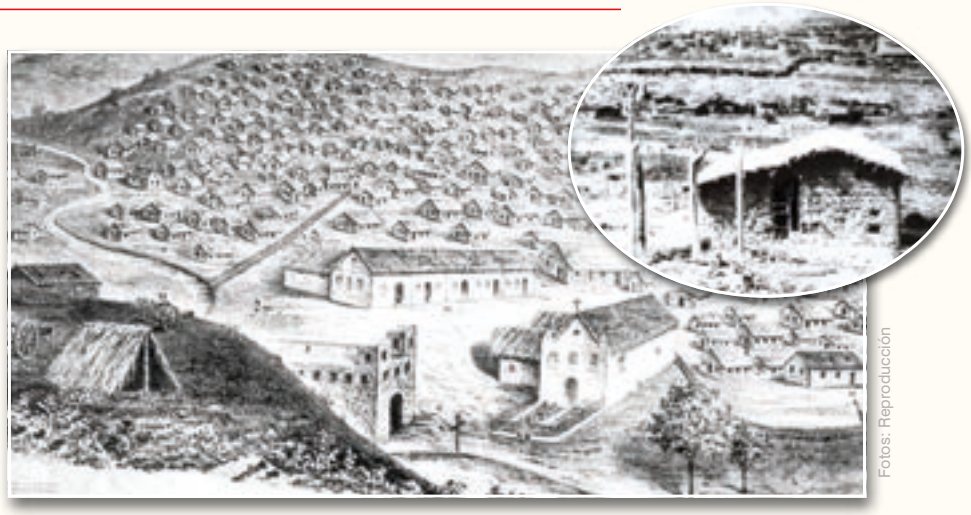
Este sentimiento no hizo sino crecer a lo largo de los más de treinta años en los que estuvo peregrinando por el Nordeste, hasta su instalación en Canudos, en 1893.

El sertón en tiempos de Consejero

No fueron buenos tiempos en los que vivió Consejero, y el pueblo necesitaba ayuda. Tras la proclamación de la república, el estado de Bahía se encontraba envuelto en numerosas disputas partidistas, ya fuesen por cuestiones políticas o por intereses personales de las autoridades. Tal era el abuso, dicen, que los sertanejos temían más a la Policía que a los bandidos…[2]

Infelizmente, el clero también dejaba que desear. Es muy triste la situación de las ovejas cuando sus pastores están lejos de identificarse con Jesucristo y, en los lugares por donde pasó Antonio Maciel, no faltaron sacerdo-

tes que se inmiscuían en asuntos terrenales, hasta el punto de poner en peligro, incluso físicamente, a sus propias ovejas. Tan sólo para ilustrarlo, mencionemos el ejemplo de un párroco, Olympo Campos, que, metido hasta el cuello en riñas políticas, comandó un grupo de criminales en 1895… El mal proceder de las autoridades contribuyó a que menguara la confianza que el pueblo les tenía.



Fotos: Reproducción

Canudos era un oasis de prosperidad en medio de la aridez del sertón

Ilustración que representa el pueblo de Canudos hacia 1875; en el destacado, fotografía de la época. En la página anterior, plan de operaciones de guerra en el estado de Bahía en 1897

La ciudad de Canudos

En esta coyuntura, la actuación de Consejero iba en sentido contrario. Desilusionado de la vida y muy consciente de la realidad que lo rodeaba, empezó a proteger a los más necesitados y a promover una existencia justa. A fuerza de su influencia, comenzó a atraer hacia sí a un gran número de seguidores. En busca de paz, decidió recogerse en una hacienda abandonada en Bahía, a orillas del río Vaza-Barris. Nacía así la ciudad de Belo Monte, más conocida como aldea de Canudos, que rápidamente se convirtió en uno de los mayores municipios del estado en ese momento, acogiendo a casi veinticinco mil almas…

En los últimos años de la villa, quien allí llegaba podía ver una única calle que llevaba a la plaza, donde existían dos iglesias, una de ellas aún en construcción. Las casas se seguían una tras otra, formando varios laberintos, debido a la estructura orgánica con que fueron construidas. Entre los que allí vivían no había sitio para la ociosidad, todo lo cubrían las labores agrícolas, los trabajos artesanales, los estudios en las escuelas… Era un auténtico oasis de prosperidad, ¡en medio de la aridez del sertón!

Al final de la jornada, al sonido de las campanas en honor de la Madre de Dios, Antonio amonestaba al pueblo de Canudos. ¿Una hora, dos o tres? Dependía de la importancia del asunto. La predicación podía tratar sobre los diez mandamientos, María Santísima o incluso la importancia y los beneficios de asistir a la santa misa y de la paciencia en los sufrimientos, entre otros temas. Con todo este apostolado que venía haciendo, creó en la ciudad una especie de regla, un *modus vivendi* constituido con base en el Decálogo y en la doctrina de la Iglesia, valores que el relajamiento de la época había hecho que muchos se olvidaran de ellos.

Surgen antipatías

Evidentemente, una manera de ser tan peculiar no dejaría de acarrearle antipatías. Mucho antes de su instalación a la vera del Vaza-Barris, Antonio ya había sido objeto de graves calumnias. Una vez lo arrestaron, se lo llevaron a la capital bahiana y luego a Ceará, por un supuesto crimen horrible: ¡el asesinato de su madre y de su esposa! Ahora bien, más tarde se descubrió que era huérfano de madre desde los 6 años y que su esposa aún vivía…

En otra ocasión, lo difamaron ante el primado de Bahía, quien expidió una circular para el clero, con órdenes de oponerse a sus prédicas.[3] Sin embargo, no parece que el pueblo hubiera hecho caso a tales recomendaciones, ya que, un año después, vemos al mismo arzobispo recurriendo al poder civil para lograr sus objetivos. El gobernador de la provincia, aunque no veía en ello nada incriminatorio, terminó por ceder y solicitó que internaran a Antonio en un hospicio de Río de Janeiro, lo que no ocurrió por poco…

Finalmente, en 1895, Joaquim Manuel Rodrigues Lima, gobernador de Bahía, de mutuo acuerdo con el arzobispo metropolitano, envió a Canudos a un capuchino italiano llamado Giovanni Evangelista, con el encargo de hacer que sus *yagunzos*[4] volvieran a la comunión eclesial y civil, de la cual, supuestamente, se habían apartado.

La misión duró una semana: del 13 al 21 de mayo. Giovanni Evangelista, quien desde el principio no mostró las más afables disposiciones con relación a Canudos y su líder, comenzó su tarea.[5] Durante las predicaciones, a las que asistían cerca de 6000 personas, afloraban incómodas intervenciones. Antonio Consejero, por mucho que se esmeraba en facilitar los discursos del misionero, no lograba contener cierto espíritu polémico surgido entre el pueblo…

Se creó tal ambiente que Giovanni Evangelista no pudo soportarlo y terminó su obra *ex abrupto*, justificándolo luego en un informe bastante sesgado. A partir de ahí, una serie de sospechosas coincidencias llevarían a la ciudad a la más completa destrucción.

Para que adquiramos cierta noción sobre los antecedentes inmediatos de la célebre guerra de Canudos, detengámonos en la declaración que prestó un diputado federal de Bahía en 1899.

La guerra: «el refinamiento de la perversidad»

«La guerra de Canudos fue el refinamiento de la perversidad humana… La justicia estatal no se ocupó de los habitantes de aquel poblado. No se inició contra ellos ningún acto procesal. En las oficinas de registro estatales ninguno constaba en la lista de culpables.

»No había nada de extraño en Antonio Consejero ni en quienes lo acompañaban.

»A nadie le era desconocida la clase de vida que llevaban los canudenses: plantaban, cosechaban, criaban, edificaban y rezaban.

»Rudos, ignorantes, fanáticos quizá por su jefe, que lo tenían por santo, no se interesaban en absoluto por la política.

»Antonio Consejero, no obstante, se confesaba monárquico. Estaba en su derecho, un derecho sagrado que nadie podía cuestionar en un régimen republicano democrático. No había un acto de su parte, o de los suyos, que permitiese siquiera suponer que pretendía atentar contra el Gobierno de la República».[6]

El desarrollo de la masacre

Pues bien, así comenzó la tragedia: como la nueva iglesia de Canudos estaba lista para ser techada, algunos hombres fueron a comprar madera a Juazeiro. Por cierto, no era la primera vez que algo parecido ocurría. Un juez de este pueblo fue informado, no se sabe muy bien por quién, que Antonio Consejero se dirigía hacia allí con la horrible intención de invadir y saquear el lugar. ¿Alguna prueba? Ninguna. Entonces un destacamento del ejército no marchó hacia Juazeiro, donde estaría el hipotético peligro, sino al encuentro de los canudenses. Tras un cruel enfrentamiento, murieron cerca de ciento cincuenta seguidores de Consejero, y los miembros del ejército, no contentos, saquearon e incendiaron la localidad donde se produjo la reyerta…

Las calumnias no tardarían en adquirir nuevas dimensiones: los medios de comunicación —permítame el lector este anacronismo— se encargarían de tal tarea. Corrió por el país que Canudos, una «legión inmensa», con armamento modernísimo, dinero y oficiales, estaba atentando contra el Gobierno en vigor. La reacción normal de los brasileños de cualquier latitud, que nunca habían oído hablar de la aldea de Belo Monte, sería la de ver con malos ojos a esa población. El camino se hallaba despejado para que el Estado actuara con mano armada.

Verdaderamente impresionantes son las épicas hazañas emprendidas por los *yagunzos* de Consejero en defensa de sus vidas y de sus ideales. Basta decir que para destruir Canudos se necesitaron cuatro expediciones del ejército —en la última de las cuales se encontraban nada menos que tres generales—, con todo lo que ello comporta. El odio de los militares era tal que ni siquiera los ancianos, las mujeres ni los niños se salvaron. Después de unos meses, no quedaban más que cenizas…

La desfiguración de la emblemática Canudos

Pero aquello no fue suficiente. Había que destruir también la memoria de esa ciudad. Las desfiguraciones con respecto a Canudos siguieron proliferando después de su arrasamiento. Historiadores la tacharían como un grupo de fanáticos, para unos, guiados por un hombre obcecado por la religión, para otros, obstinado con la política. Sin embargo, como observa Ataliba Nogueira,[7] uno de los pioneros en la reconstrucción de la historia de Canudos, el análisis de las predicaciones de Consejero, escritas por éste de su puño y

Reproducción

La resistencia de los «yagunzos» de Consejero en defensa de sus vidas e ideales fue admirable: para derrotar a los habitantes de Canudos se necesitaron cuatro expediciones del ejército

Combate en Canudos, de Ángelo Agostini

Fotos: Reproducción

La táctica que llevó a Canudos a la destrucción fue la misma que, a lo largo de la Historia, condujo al martirio a numerosos cristianos

A la izquierda, un «yagunzo» preso por las tropas republicanas; en el centro, sobrevivientes a la masacre; a la derecha, ruinas de la iglesia del Buen Jesús, en la plaza de la ciudad

letra, arroja luz sobre su personalidad que obliga a reexaminar todo lo que se ha dicho sobre la ciudad y su fundador, a fin de separar las afirmaciones erróneas de las verdaderas.

Desde al menos 1947, debido a entrevistas hechas a sobrevivientes de la guerra de Canudos y a investigaciones en el campo de las Ciencias Sociales, se ha constatado que mucho de lo conocido hasta esa época no solamente cojeaba en ciertos datos objetivos, sino también en elementos básicos en la interpretación del asunto. Por lo tanto, era preciso interrogar nuevamente a la Historia.

A pesar de esto, el tema no ha perdido su carácter de controversia, quedando algunos puntos en la incógnita y en el misterio. Obviamente, las complejas desavenencias de los canudenses con elementos del clero —en las cuales, dicho sea de paso, éstos no estuvieron exentos de culpa— en modo alguno nos deben llevar a olvidar el sagrado principio de autoridad en la Iglesia. La verdad, no obstante, es que Canudos acabó convirtiéndose en el símbolo de un pueblo que fue injustamente calumniado y diezmado.

Las calumnias: el inicio de un procedimiento

Si nos centramos únicamente en el espurio proceder que llevó a Canudos a la destrucción, nos daremos cuenta de que no es del todo desconocido, y muchos cristianos ya lo experimentaron muy de cerca. Por él, diversos fieles sufrieron el martirio al comienzo de la Iglesia: por él, piadosas congregaciones fueron perseguidas; por él, grandes estrellas vieron cómo se apagaba su luz a los ojos de los hombres. ¿Qué decir de una Santa Juana de Arco, quemada en la hoguera como hereje? ¿Qué decir de un Santo Tomás Moro, decapitado como un criminal por no ceder ante un rey orgulloso y un prelado prevaricador? Con cuánta tristeza se constata la perversa táctica de los hijos de las tinieblas…: calumniar para destruir.

¡Lo mismo sucedió en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo! Él, la salvación no sólo del pueblo judío, sino de toda la humanidad, fue vilipendiado, perseguido y, finalmente, crucificado por los príncipes de los sacerdotes. ¿Qué más se puede pensar después de esto?

Si bien es un hecho que el tiempo se traga muchas cosas, no deglute la verdad. Ésta, tarde o temprano, siempre sale a la luz. La justicia divina constituye la suprema corte de apelación para todas las causas. ¡Ay de los que son condenados por ella!, pues su sentencia es eterna. ✧

---

[1] Cf. CUNHA, Euclides da. *Os sertões. Campanha de Canudos*. São Paulo: Ateliê Editorial, Imprensa Oficial do Estado, Arquivo do Estado, 2001, p. 267.

[2] Cf. NOGUEIRA, Ataliba. *Antônio Conselheiro e Canudos. Revisão histórica*. São Paulo: Editora Nacional, 1974, p. 12.

[3] Entre otras cosas, el arzobispo dijo que había llegado a su conocimiento que Antonio Consejero predicaba «doctrinas supersticiosas» y una «moral excesivamente rígida». Dejando de lado la vaguedad de las acusaciones, tan sólo destacamos que Su Excelencia se extralimitó en su propia autoridad, pues el argumento central de su medida fue que un laico, simplemente por el hecho de no pertenecer a la jerarquía eclesiástica, no podía enseñar la doctrina católica, por muy instruido y virtuoso que fuera (cf. VASCONCELLOS, Pedro Lima. *Arqueologia de um monumento. Os apontamentos de Antônio Conselheiro*. São Paulo: É Realização, 2017, p. 150). Pese a lo chocante de esa objeción, de nuevo saldría a relucir más tarde en los labios de fray Giovanni Evangelista.

[4] Del portugués *jagunço*, que en el episodio de Canudos son exclusivamente los «individuos del grupo de Consejero», en el sentido de «escoltas, acompañantes, seguidores de personas influyentes» y no la significación común de: «bandidos o mercenarios del interior de Brasil».

[5] Aunque el fraile capuchino no encontrara, en los sermones de Consejero, desvío alguno en materia de celo religioso, disciplina u ortodoxia católica, lo consideraba hereje por el hecho de hacer predicaciones y reunir al pueblo sin autorización del clero (cf. Ídem, pp. 160-161).

[6] ZAMA, César, apud NOGUEIRA, op. cit., pp. 10-11.

[7] Cf. NOGUEIRA, op. cit., p. 41.

Bondad y compasión extremas

Cuántas veces no nos encontramos en situaciones aparentemente irreversibles y nos vemos inclinados a pensar que nada será capaz de salvarnos… ¿Ocurrirá lo mismo con los devotos de Dña. Lucilia?

Elizabete Fátima Talarico Astorino

Nuestros lectores ya conocen infinidad de casos de personas que, en momentos de aflicción, pidieron la intercesión de Dña. Lucilia ante Dios y fueron atendidos. Carla María Barbosa de Oliveira Gonçalves, sin embargo, optó por el camino inverso: clamó a Dios, ¡y Él le envió a Dña. Lucilia para que la ayudara! Con atrayente sencillez nos narra su historia, que comenzó hace casi veinticinco años…

Una serie de infortunios

Su familia era propietaria de un negocio en la ciudad de Teresina. En 1998, tras el fallecimiento de su suegro, se constató que éste les había dejado una pésima herencia: cuantiosas deudas, cuyo pago derivó en la confiscación de todos los bienes de la empresa por parte del poder judicial. En consecuencia, en poco tiempo Carla y su esposo no tenían siquiera los recursos necesarios para mantener a sus tres hijos, de 5, 3 y 2 años. Así pues, se vieron obligados a dejar a los niños en Teresina, al cuidado de la abuela materna, y mudarse a la casa de su suegra, en Fortaleza, con la esperanza de conseguir allí un buen empleo.

Su marido enseguida encontró trabajo, pero en una ciudad del interior del estado de Ceará. ¡Otra dolorosa separación!, porque no había ninguna posibilidad de que Carla lo acompañara. Entonces se quedó con su suegra. No obstante, su vida era muy dura: se pasaba todo el día fuera en busca de un empleo, recorría grandes distancias a pie y sin dinero ni para un ligero almuerzo.

«Los que sembraban con lágrimas…»

Tras cuatro meses de infructuosos intentos, un día se sienta, extremadamente deprimida y hambrienta, en un banco de una plazoleta y empieza a «conversar con Dios» sobre su triste situación, pidiéndole que le ayudara a conseguir al menos lo suficiente para alimentarse.

> *Deudas cuantiosas, confiscación de bienes, separación de los hijos, desempleo: ese fue el legado que Carla recibió con la muerte de su suegro*

«Estaba yo allí —nos cuenta ella— mirando al cielo, cuando aparece una señora muy distinguida, vestida de negro, con su bastón, y me pregunta: "Hija, ¿dónde podemos comer por aquí?". Pensé: "¡Dios mío! Estoy con hambre, hablando contigo y ¿me mandas a una mujer que me dice esto?". Nuevamente me lo pregunta y le respondo que había un

Reproducción

Carla junto a la imagen del Inmaculado Corazón de María

restaurante cerca. Entonces me pide que le acompañe. Le ofrecí mi brazo para que se apoyara y anduvimos una manzana conversando; sonrió y después seguimos calladas hasta el final del trayecto».

En el restaurante, la distinguida señora pidió su plato y le preguntó a Carla:

—Y usted, ¿qué va a querer?

—No, no, señora… No quiero nada. ¡No tengo ni un centavo para comer! Estoy en la miseria.

—Hija, no te he preguntado cuánto tienes en el bolsillo; te estoy invitando a comer conmigo.

«…cosechan entre cantares»

Muy emocionada, Carla aceptó la invitación. Una vez que llegaron los platos que habían pedido, la distinguida dama hizo la señal de la cruz y rezó un largo rato antes de empezar la comida. Luego se entabló una agradable conversación entre ellas; Carla se sentía muy a gusto y le expuso todas las tribulaciones por las que estaba pasando su familia. La bondadosa dama lo oía todo atentamente y le dio un valioso consejo: «Hija, recurre a la Santísima Virgen y tenle mucha devoción al Sagrado Corazón de Jesús. ¡Nunca decepcionan! ¡Confianza! En esos momentos es cuando más debemos acercarnos a ellos».

Al acabar de almorzar, ambas salieron juntas en dirección a una amplia avenida. Al llegar allí, Carla le preguntó hacia donde se dirigía y ella le señaló el edificio de la Facultad de Derecho; Carla se giró instintivamente y cuando se volvió, la señora había desaparecido. Perpleja, la estuvo buscando por las proximidades, pero no la encontró. Entonces regresó al restaurante, se lo comentó al camarero y los dos fueron en su busca. No hubo suerte, sin embargo, Carla, de vuelta a casa de su suegra, se sentía muy contenta y amparada.

Poco después de este auspicioso episodio, su esposo regresó a Fortaleza y le comunicó que ya se encontraban en condiciones de mantener una casa en la ciudad donde trabajaba. Carla no tardó más de tres días en conseguir, también ella, un buen empleo. En poco tiempo toda la familia estaba reunida y bien instalada.

Doña Lucilia en torno a 1960

Al ver la foto, inmediatamente se arrodilló, empezó a llorar y dijo: «¡Quien me dio de comer aquel día fue esta señora!»

Durante muchos años Carla le repetía a sus hijos muy agradecida: «Un día tuve hambre y la Santísima Virgen vino a darme de comer». Decía esto porque imaginaba que aquella caritativa dama era Nuestra Señora, incluso sin comprender el motivo por el cual se le había aparecido como una persona mayor, cuando siempre se presenta joven en sus manifestaciones sobrenaturales.

Inesperado encuentro

Años después, la familia comenzó a frecuentar la casa de los Heraldos del Evangelio, de Fortaleza. En 2018, su hija mayor recibió un álbum con muchas fotografías de Dña. Lucilia. Al llegar a casa, llamó a su madre para verlas juntas. ¡Cuál no fue la sorpresa de Carla al toparse con una foto de Dña. Lucilia con un vestido de color negro, muy distinguida y usando un bastón! «Inmediatamente me arrodillé, empecé a llorar y dije: "¡Quien me dio de comer aquel día fue esta señora!"», contó.

De esta forma identificó a la discreta y bondadosa señora que la había amparado y aconsejado en un momento de extrema aflicción. Salió en ese mismo instante hacia la casa de los Heraldos, donde le narró toda su historia al sacerdote que allí residía. Éste le aseguró que el modo de actuar y el cariño tan maternal de aquella señora no dejaban lugar a dudas de que era, de hecho, Dña. Lucilia.

Carla concluye su relato con este expresivo testimonio: «Pude comprender, entonces, cómo desde hacía muchos años Dña. Lucilia ya protegía a nuestra familia, porque tuvimos muchas oportunidades de perdernos, de flaquear en la fe, pero ella nos acompañaba. El consejo que me dio en aquella ocasión resuena hasta hoy en mi corazón y me sustenta en muchas adversidades».

Un cáncer raro y muy agresivo

La propia Carla también nos cuenta cómo, recientemente, Dña. Lucilia le obtuvo de Dios otro gran favor: la plena recuperación de su sobrina María Isabela Moura Pinto.

A mediados de julio de 2021 le fue diagnosticado a María Isabela, con tan sólo 6 años, una neoplasia en el cerebro, cuyo tamaño y densidad hacían temer lo peor. Dos días después tal recelo vino a confirmarse, cuando un oncólogo clínico, especialista en tumores cerebrales en niños, emitió

el siguiente parecer: se trataba de un cáncer raro y muy agresivo, que debía extirparse lo antes posible; sin embargo, la operación conllevaba un riesgo elevado, pues procedimientos invasivos de ese tipo podrían dejar secuelas como ceguera, parálisis u otras discapacidades.

Entonces surgía la primera dificultad: encontrar en Teresina un cirujano experto en ese campo que aceptara realizar el procedimiento, tarea que quedó a cargo de la madre de María Isabela. Por su parte, Carla se puso a buscar un sacerdote, porque su sobrina aún no había sido bautizada. Entretanto, María Isabela sintió fuertes dolores de cabeza, y tuvo que ser hospitalizada para recibir la medicación adecuada.

Una vez que dieron, finalmente, con el especialista, éste inmediatamente programó la intervención quirúrgica, ya que el tumor crecía con rapidez. Pero faltaba todavía quien le administrara el sacramento del Bautismo a María Isabela… Tras haberse agotado las posibilidades de conseguir un ministro, Carla recibió de un sacerdote amigo, que vivía en otro estado, la orientación de que en esos casos cualquier persona podía bautizarla de urgencia. Así, la víspera de la operación, la niña fue bautizada por su madre, mientras Carla la entregaba al cuidado de Dña. Lucilia.

Estaba previsto que el procedimiento durara unas ocho horas, pero, para sorpresa de la familia, en cinco horas ya había acabado con éxito. Después de dos días en la UTI, María Isabela fue trasladada a la habitación y pronto recibió el alta hospitalaria. Como el resultado de las pruebas del material extraído tardaba en llegar, la oncóloga pediátrica decidió empezar la quimioterapia y la radioterapia.

«¡Gracias, Dña. Lucilia!»

Las dificultades y reacciones adversas inherentes al doloroso tratamiento fueron valientemente superadas por María Isabela, mientras su tía continuaba con sus oraciones a Dña. Lucilia.

María Isabela recibe el oratorio del Inmaculado Corazón de María

A la niña le diagnosticaron un cáncer raro y muy agresivo. Entonces decidieron entregarla al cuidado de Dña. Lucilia

En febrero de 2022, la niña volvía al hospital para que le hicieran los controles rutinarios. De repente, la vista comenzó a fallarle y no podía ver. Creyendo que el tumor había regresado, aún más agresivo, los médicos la internaron de urgencia.

Al enterarse de la noticia, Carla se puso rápidamente en oración ante una fotografía de Dña. Lucilia, pidiéndole que, si era la voluntad de Dios que su sobrina se quedara ciega, le concediera al menos la gracia de contemplar por última vez una imagen de la Santísima Virgen. A continuación, le pidió a dos hermanos de los Heraldos del Evangelio que estaban de paso por Teresina que llevaran el oratorio del Inmaculado Corazón de María al hospital.

Poco después, Carla recibió una llamada telefónica de su hermana, en la que le informaba que la visión de María Isabela estaba volviendo. Cuando los dos misioneros llegaron al hospital, la niña los recibió sentada en la cama, viendo normalmente, y le rezó con ellos a la Virgen. Desde entonces su vista nunca ha fallado.

María Isabela continuaba aún con las sesiones de quimioterapia. El 7 de abril tuvo una fuerte reacción al tratamiento. Pero cuál no fue la sorpresa de la madre al oír del médico que la niña ya no necesitaba volver al hospital: estaba curada; por eso la medicación recibida le había provocado aquella reacción.

Enorme fue la alegría de Carla al escuchar la buena noticia, como ella misma relata: «Cuando mi hermana me lo contó, yo estaba en el coche, de camino a una cita, y expresé mi agradecimiento alto y claro: ¡Gracias, Dña. Lucilia!».

Solución inmediata a un angustiante problema

El día 19 de agosto de 2022, Bernardo José Eger —de 5 años, hijo de Kevin Eger y Dailane Eger, residentes en São Paulo— tuvo que ser internado de urgencia debido a inquietantes convulsiones. Llegó al hospital casi inconsciente, con la coordinación motora bastante afectada. Tras analizar los distintos exámenes que le hicieron para identificar la causa de las convulsiones, una médica les informó que, además de otros síntomas característicos, la rigidez de la nuca indicaba una posible meningitis. Unas horas después, otro especialista confirmaba la temible valoración de su colega y solicitó una prueba del líquido cefa-

lorraquídeo, para verificar el nivel de avance de la enfermedad y determinar el tratamiento adecuado.

Cuenta Dailane: «Cuando el médico confirmó el diagnóstico y pidió el examen del líquido, entregamos en ese mismo instante a Bernardo en las manos de Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira, madre del Dr. Plinio, por la cual tenemos una especial devoción».

Tras una hora de angustia y de oraciones, Kevin y Dailane fueron llamados para que conocieran el resultado de las pruebas. Narra ella: «Para asombro del equipo médico, y también nuestro, el líquido cefalorraquídeo no presentaba alteración alguna. La valoración médica, que ya había sido hecha dos veces, fue repetida una tercera, con el mismo buen resultado: sin rigidez de nuca, la fiebre le había bajado, todo estaba normalizado. Se trataba de un milagro, obrado por la intercesión de Dña. Lucilia».

Bernardo permaneció internado unos días más para «estudios» médicos, en los que se constató que estaba totalmente normal y estable. «El 24 de agosto, volvimos a casa como si no hubiera pasado nada. Alabado sea Dios y la Virgen en sus ángeles y en sus santos. Gracias a Dña. Lucilia», concluye Dailane.

Desoladora perspectiva

En enero de 2020 se cumplía el sexto mes de la gestación de Cecilia Nomura Bertoni, transcurrida hasta ese momento con normalidad. Sin embargo, un examen obstétrico con flujometría Doppler reveló la existencia de dos seudoquistes en la región cerebral de la bebé.

Inquietante noticia para sus padres —Nilson Bertoni Júnior y Maysa Harumi Nomura Bertoni, residentes en São Paulo—, sobre todo teniendo en cuenta que la pareja no obtuvo éxito en el anterior embarazo. Se propusieron, entonces, rezar un rosario diario de jaculatorias, pidiendo la intercesión de Dña. Lucilia para que la librara de los seudoquistes, siempre que esto fuera conforme a los designios de la Divina Providencia.

El obstetra responsable del caso solicitó que se repitiera quincenalmente el mismo examen, a fin de monitorear la evolución de los seudoquistes. En todos los exámenes se constataba su presencia; no obstante, el médico optó por no tomar ninguna medida hasta que naciera la niña. Con el transcurso del tiempo, la aflicción de los padres aumentaba, pero seguían rezando con fervor los rosarios de jaculatorias diarios, pidiendo la intervención de su buenísima madre.

Cecilia nació el 6 de abril. Debido al historial de su gestación, el obstetra pidió una nueva ecografía, para comprobar el estado de los seudoquistes. «El diagnóstico se mantenía, ahora como quiste de plexo coroideo e indicación de derivación a neurocirugía», narra Nilson. Esta mala noticia no sacudió para nada la confianza de la familia, que se mantuvo firme en el rezo de los rosarios de jaculatorias. Tres meses después, cuando ya era posible realizar la intervención quirúrgica prevista, la neuróloga solicitó otra ecografía del encéfalo, para tener una valoración exacta.

Nilson relata: «El 31 de julio, después de un examen insistente, detallado y minucioso, el médico presentó el siguiente resultado: "Estudio ultrasonográfico del encéfalo sin evidencia de anomalías". Por intercesión de la bondadosísima Dña. Lucilia, se había alcanzado la gracia».

* * *

Sírvannos los hechos arriba narrados para reforzar y aumentar en nosotros la convicción de que Dña. Lucilia, con su característica bondad y maternal compasión, siempre acude en auxilio de quienes, confiando en Dios, saben invocarla en las necesidades. ✧

Reproducción

Como madre solícita y compasiva, Dña. Lucilia atendió al clamor de los necesitados, obteniendo de Dios las gracias solicitadas

Reproducción

A la izquierda, Bernardo José Eger con una estampa de Dña. Lucilia y otra del Dr. Plinio; a la derecha, Nilson Bertoni Júnior con su familia

Fotos: Xavier Jacob

1

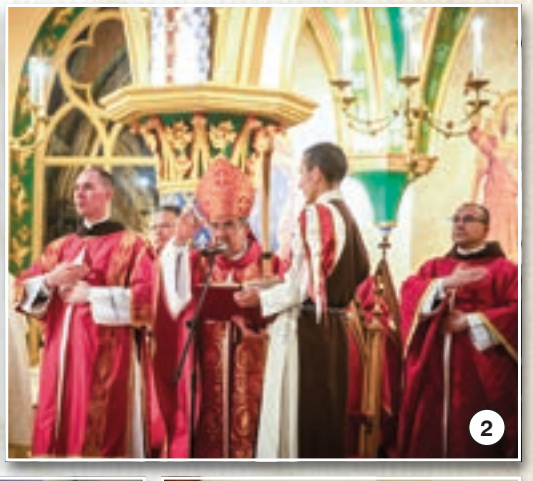
2

3

Paraguay – El 6 de agosto, los Heraldos del Evangelio participaron en el traslado de la imagen de la patrona del país, Nuestra Señora de la Asunción, desde el oratorio del Panteón Nacional de los Héroes hasta la catedral (fotos 1 y 2). El 23 de junio, el senador Óscar Rubén Salomón, presidente del Senado, consagró los trabajos del Congreso Nacional a la Virgen de Fátima. La ceremonia tuvo lugar en el vestíbulo central del Palacio Legislativo y contó con la presencia de otros cuatro senadores y funcionarios de las dos Cámaras legislativas del país (foto 3).

Fotos: Jesse Arce

1


2

Fotos: Ivano Gavilanes / Rocío Hidalgo

3

4

5

Colombia – La iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, recibió el 2 de septiembre a Mons. Héctor Cubillos Peña, obispo de Zipaquirá, quien administró el sacramento de la Confirmación a jóvenes de las ramas masculina y femenina de los Heraldos del Evangelio (fotos 1 y 2). Del 4 al 26 de agosto, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó a los ancianos de la Fundación Santa Isabel, de Envigado, (foto 5) y a los enfermos del Hospital General de Medellín (fotos 3 y 4), respectivamente.

«¿Por qué consagrarme a la Virgen?»

El pasado 3 de septiembre fue presentado en Caieiras (Brasil) el libro *¿Por qué consagrarme a la Virgen?*, autoría del P. Ricardo José Basso, EP (fotos 1 y 4). La obra responde a las peticiones de los participantes del curso de consagración a la Santísima Virgen según el método de San Luis María Grignion de Montfort, que el sacerdote imparte a través de la plataforma de formación católica Reconquista.

El P. Basso también estuvo en el lanzamiento de su obra en Montes Claros, el 7 de septiembre (foto 5), y en la ciudad de Belém do Pará, los días 1 y 2 de octubre: en la basílica de Nuestra Señora de Nazaret (foto 2), en la parroquia de la Santa Cruz y en la parroquia de San Juan Bautista y Nuestra Señora de las Gracias, de Icoaraci (foto 3).

Fotos: araldimissioni.it

Italia – La ciudad de Albano di Lucania, en la provincia de Potenza, recibió en septiembre la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, que fue acogida por Mons. Giovanni Intini, obispo de Tricarico, por el P. Domenico Fanuele, párroco de la iglesia de Santa María Asunta, y por el alcalde del municipio, Bruno Santamaría. Celebraciones eucarísticas, confesiones, adoraciones al Santísimo Sacramento, procesiones, catequesis, rosarios meditados y visitas a enfermos, comercios y colegios marcaron los días de misión.

Arzobispo ortodoxo se convierte al catolicismo

El antiguo arzobispo de la Iglesia Autocéfala Ucraniana de la diócesis de Kharkiv-Poltava y uno de los líderes religiosos más destacados del país, Mons. Ihor Isichenko, ingresó a principios de este año en la Iglesia Greco-Católica de Ucrania, en comunión con Roma. Fue seguido por la mayoría de sus parroquias, que ahora forman parte del Exarcado Católico Ucraniano de Kharkiv y de la Arquieparquía de Kiev.

Su proceso de conversión, que duró más de siete años, comenzó después de darse cuenta de que las divisiones internas entre los ortodoxos eran muy profundas y su unidad improbable. Entonces fue cuando decidió unirse a la Iglesia Greco-Católica Ucraniana. Monseñor Isichenko tiene ahora el título de arzobispo emérito y dirige una filial de la Universidad Católica Ucraniana.

Los católicos ya son mayoría en Irlanda del Norte

El censo publicado el 22 de septiembre por la Agencia de Estadística e Investigación de Irlanda del Norte indica un cambio histórico: por primera vez desde la división de la isla, los católicos superan en número a los protestantes en Irlanda del Norte. En efecto, los datos del Censo de 2021 muestran que el 42,3 % de la población del país se declara católica, mientras que la cifra de protestantes es del 37,3 %.

Otro elemento importante es la relación entre la religión y la franja de edad de la población: el 54 % de los que se dicen católicos tienen menos de 35 años.

facebook.com/RedeMarajó

Carreteras de Brasil cuentan con capillas con el Santísimo

Los camioneros y viajeros que recorren las carreteras brasileñas cuentan ahora con un «oasis» en su trayecto: capillas con el Santísimo Sacramento, en las que pueden hacer adoración eucarística, asistir a misa y confesarse. La construcción de estos oratorios comenzó en 1992, por iniciativa de Janeth Vaz, propietaria de una red de gasolineras. Hoy ya son siete en cuatro estados de Brasil: Pará, Goiás, Mato Grosso y Minas Gerais.

Las capillas están dedicadas a distintas advocaciones de la Virgen, y en todas ellas hay reserva del Santísimo Sacramento y una misa semanal. Entre las gracias recibidas por los que las frecuentan, Janeth cuenta dos episodios de camioneros que, por diversas dificultades, pensaron quitarse la vida y desistieron del intento al entrar en uno de los oratorios.

Una iglesia de Birmania es sembrada de minas antipersona

Como consecuencia de la guerra civil entre el Ejército nacional y las Fuerzas de Defensa Popular, que desde hace décadas asola Birmania, la iglesia de la Madre de Dios, situada en la pequeña localidad de Moebye, fue invadida por las tropas birmanas el 8 de septiembre. La ocupación duró cuatro días y resultó en la degradación del templo y la destrucción de varias imágenes. Además, los soldados esparcieron minas antipersona por el edificio sagrado: en el suelo, en los bancos e incluso detrás de los libros litúrgicos.

Tras la salida de los soldados, parroquianos y voluntarios se ofrecieron para, cuidadosamente, desactivar las minas y rehabilitar el lugar. Desde febrero de 2021 iglesias, conventos y hospitales han sido blanco de atentados militares.

Brasileños quieren «borrarse» de internet

Una encuesta realizada en agosto por NordVPN, proveedor de servicios de VPN, reveló que cerca del 20 % de los brasileños querrían «borrarse» de internet.

Según ese sondeo, el 32 % de la población piensa que sus datos personales son explotados por las empresas y el 30 % no confía en la red. Para que su información fuera eliminada, el 46 % de los entrevistados pagarían 500 reales (unos 95 dólares estadounidenses) y un 3 % incluso más de 5000. Finalmente, el 40 % de los brasileños considera que las plataformas digitales les absorben demasiado tiempo.

facebook.com/LaTromenieDeMarie

Caminata mariana recorre ciudades de Bretaña

Del 18 de junio al 11 de septiembre los habitantes de varias ciudades de Bretaña, al oeste de Francia, pudieron participar en una gran marcha mariana: *La Toménie de Marie*.

Durante doce semanas una imagen de Nuestra Señora de Francia, transportada en un carromato tirado por un caballo que salió de Nantes, visitó

El Santísimo hallado intacto en una iglesia incendiada

Durante la noche del 16 de septiembre, hombres armados invadieron e incendiaron la iglesia de Santa María, en la localidad de Nchang, Camerún. Los delincuentes también secuestraron a cinco sacerdotes, una monja y tres laicos.

En medio de la tragedia, no obstante, un hecho inesperado trajo esperanza a los fieles. En un vídeo divulgado por la fundación Ayuda a la Iglesia Necesitada, se puede ver al obispo de Mamfé, Mons. Aloysius Fondong Abangalo, caminando entre los escombros hasta el sagrario del templo y sacar de él un copón con hostias consagradas, las cuales se encontraban intactas a pesar del incendio.

Reproducción

Mons. Fondong retira del sagrario las hostias consagradas

doscientas ciudades y los principales santuarios marianos de Bretaña, en un recorrido de 1100 km. El punto de llegada fue la basílica de Sainte-Anne d'Auray.

La iniciativa, cuyo objetivo es difundir la devoción a la Virgen, salió de un grupo de laicos y cuenta con la aprobación de las autoridades eclesiásticas locales.

Catedral colombiana es objeto de vandalismo

La catedral primada de Colombia, radicada en Bogotá, fue blanco de un intento de incendio el 28 de septiembre. Feministas con la cara cubierta, que participaban en una manifestación por la legalización del aborto, arrojaron líquido inflamable sobre las puertas de madera del templo y luego le prendieron fuego. Las agresoras también hicieron pintadas ofensivas con aerosoles en las paredes externas del edificio sagrado. La rápida intervención policial evitó mayores daños.

No es la primera vez que atentan contra la catedral. El 20 de marzo un grupo de mujeres interrumpió la celebración de la santa misa, subiéndose en los bancos y gritando palabras contra la fe.

Roma acoge congreso tomista

Del 19 al 24 de septiembre la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino —Angelicum—, de Roma, llevó a cabo el XI Congreso Internacional de Tomismo. El evento, que contó con la presencia de más de trescientos teólogos de distintas nacionalidades, tuvo por tema: *Los recursos de la tradición tomista en el contexto actual*.

Tomistas de todo el mundo conmemoraron la realización del congreso, pues la última reunión de esa magnitud organizada por el Angelicum tuvo lugar en 2003.

Peregrinación reúne a trescientos mil jóvenes en Argentina

La 43.ª edición de la Peregrinación Juvenil de la Región Nordeste Argentino, realizada en septiembre, congregó este año a más de trescientas mil personas en la basílica de Nuestra Señora de Itatí.

Participaron en ella delegaciones de diez diócesis argentinas. Los jóvenes caminaron más de 62 km, distancia que separa las ciudades de Corrientes e Itatí, acompañados por vehículos de apoyo. La misa solemne fue presidida por Mons. Andrés Stanovnik, OFM Cap, arzobispo de Corrientes.

Historia para niños... ¿o adultos llenos de fe?

El monje descuidado

Estando a solas con el agonizante, Dom Eustaquio se quedó asombrado al escuchar el relato de lo que había ocurrido poco antes. Incluso enfermo y sin fuerzas, fray Dositeo resplandecía de gozo como nunca.

Hna. Marcela Alejandra Ruiz Reyes, EP

Mientras los primeros rayos del sol asomaban discretamente, la campana del monasterio benedictino sonaba: ¡empezaba otro día de alabanza a Jesús! Poco a poco se iban abriendo las ventanas y puertas, para que el astro rey iluminara y calentara la morada religiosa.

La vida de los discípulos de San Benito siempre ha estado regida por las graves y sonoras campanadas. Éstas avisan el inicio y el final de las actividades; informan si es hora de trabajar o de rezar, de comer o de dormir. ¡Lo indican todo!

El grupo de monjes era numeroso. El abad era Dom Eustaquio; el campanero, fray Norberto; los cocineros se llamaban Teodoro, Sebastián y Esteban; los más jóvenes, Agustín y Mauricio. Para gloria de Dios, por mediación de la Virgen y el patrocinio del fundador, muchos más se hallaban bajo el mismo techo y se santificaban día a día en la observancia de la Regla. Sin embargo, no todos la cumplían eximiamente en cada punto…

Vivía allí también fray Dositeo, cuya personalidad lo diferenciaba del resto. Era bastante torpe y llegaba tarde a todos los actos comunitarios. ¡No había día que no pasara esto! Y cuando lograba presentarse a tiempo, no estaba preparado para el oficio del momento: aparecía con el libro de oraciones para cultivar la tierra, con el azadón para el canto del oficio, con el rosario a la hora de la comida; iba a la iglesia cuando tenía que estar en la cama y se marchaba a su celda durante la recreación.

Los monjes, sumamente bondadosos, trataban de ayudarle. No era difícil encontrar a alguno de ellos llevando a fray Dositeo al lugar correcto, en la hora exacta y con el objeto adecuado. Pero la cooperación y los consejos fraternos no conseguían el resultado esperado.

El pobre distraído permaneció durante años en la misma torpeza. A esta humillación diaria, supo al menos responder con aceptación, manifestando una alegría jovial ininterrumpida. Intentaba seguir la rutina del conjunto y, a veces, lloraba implorándole al Cielo un cambio de conducta. No obstante, los defectos prevalecían.

Por muy virtuosos que fueran sus hermanos de hábito, acabó aflorando cierta impaciencia. Y en ocasiones se escuchaban conversaciones como esta:

—Fray Dositeo no tiene arreglo. Hace años que lleva vida monástica y hasta hoy no es capaz de cumplir la santa Regla.

—No hable así, fray Sebastián —salía en su defensa fray Norberto—. Siempre lo veo corriendo para no llegar atrasado; aunque cada vez le ocu-

Muy confundido, fray Dositeo llegaba atrasado a todos los actos de la comunidad…

rre algo desastroso: porta consigo lo que no debe, se pierde en el camino, entra en el sitio equivocado, se cae al suelo tropezándose con sus propios pies… ¡Pobrecillo!

Fray Julián, el más mayor, excusaba a su hermano de vocación:

—¡Cuánta pena siento por él! Sin duda, es muy torpe, pero, por otra parte, posee una alegría inquebrantable. Cualquiera de nosotros se habría desanimado, y él sigue contento. La disposición de este hombre no se altera nunca. Mi opinión es que fray Dositeo es un santo.

—Fray Julián, le pido que me disculpe, pero no estoy de acuerdo con eso. Reconozco que persevera en una satisfacción viva y comunicativa; sin embargo, es sabido que la santificación de un religioso consiste en el cumplimiento de la Regla. Si la rompe tanto con sus tardanzas, no debe ser tan santo como usted afirma…

Estas últimas palabras de fray Esteban generaron polémica. El abad, al escuchar el «alboroto», se dirigió hacia los religiosos. Su presencia paternal, pero seria, hizo callar a todos. Entonces, rompiendo el silencio, les pregunta:

—Hijos míos, ¿de qué hablabais?

Cada uno fue exponiendo su punto de vista. Dando ejemplo de equilibrio, Dom Eustaquio oía y prestaba minuciosa atención. Finalmente, acabado el «informe», les dijo:

—Habría que entender cuál es el plan del Señor con respecto a fray Dositeo. De hecho, sus atrasos y distracciones son alarmantes y ya no sabemos qué hacer para ayudarlo. Si bien que en todo lo demás es eximio: tiene una sumisión filial al superior, una sincera admiración por cada hermano, una vida espiritual excelentemente llevada. ¿Se han fijado en él cuando está rezando? Tiene una devoción fuera de lo común. Me emociono viéndolo en oración. Y me entristece mucho que sea conocido como el «monje descuidado».

Ilustraciones: Priscila Vieira

«Tan pronto como mueras, te abriré las puertas del Paraíso»

Pasaron los años. Llegó un crudo invierno y fray Dositeo cayó gravemente enfermo. Su edad era avanzada y todo indicaba que sus días en esta tierra pronto llegarían a su fin.

En esa coyuntura dialogaban entre sí los monjes Agustín y Mauricio —que ya no eran los más jóvenes del monasterio— sobre el destino del enfermo.

—Fray Mauricio, estoy muy preocupado por la salvación de fray Dositeo. Siempre llegaba tarde y nunca se corrigió de ese defecto. ¿Cómo podrá ir al Cielo sin haber sido capaz de cumplir con perfección la Regla?

—Pienso lo mismo, fray Agustín. No creo que se condene, pero, por lo que se aprecia, pasará un tiempo considerable en el purgatorio. Su caso me viene a menudo a la mente y he ofrecido sacrificios y oraciones por él.

—¿Qué pensará Dom Eustaquio al respecto? ¿Se lo preguntamos?

—Me parece bien. Vamos a buscarlo.

Ambos le expusieron sus inquietudes y le pidieron al abad su opinión.

—También estaba yo meditando sobre fray Dositeo. Posee muchas cualidades, pero no ha alcanzado la perfección. Como padre espiritual, debo prepararlo para el encuentro con el divino Juez. Mire, hagan lo siguiente: congreguen a toda la comunidad para rezar por su partida.

Mientras tanto, el superior fue a encontrarse con el «monje descuidado».

«¡Toc, toc, toc!», llamó a la puerta. El monje enfermero la abrió y los dejó a solas en la celda.

—¡Oh, padre mío! Sabía que pronto vendría —exclamó el moribundo con voz débil.

—¿Y eso, hijo?

El abad se quedó asombrado: incluso enfermo, sin fuerzas y cercano a la muerte, fray Dositeo resplandecía de gozo como nunca. ¿Qué habría pasado? El propio agonizante se lo aclara:

—Hace un rato vino hasta mí un ángel. En sus manos tenía una llave magnífica, sin igual sobre la tierra. Le pregunté de qué se trataba y me respondió: «Tan pronto como mueras, te abriré las puertas del Paraíso. Esta llave no está hecha con ningún metal precioso, sino con el amor a la humillación, la aceptación de la voluntad de Dios, la alegría por las correcciones fraternas y el deseo de perfección. He aquí las virtudes que te franquean el umbral del Cielo». Y me ordenó que le revelara a usted esta gracia enorme.

Dicho y hecho. En unas horas, todo el monasterio rodeaba a fray Dositeo y contemplaba su muerte serena y feliz. Habiendo vivido en el santo abandono a la voluntad de Dios, sin perder nunca el deseo de perfección a pesar de sus limitaciones, subía a la eternidad gloriosa. ✧

Los santos de cada día

1. Solemnidad de Todos los Santos.

Santos Jerónimo Hermosilla y Valentín Berriochoa, obispos, **y Pedro Almató Ribeira,** presbítero, mártires (†1861). Misioneros dominicos españoles decapitados en Hai Duong, Vietnam

2. Conmemoración de todos los fieles difuntos.

Beata Margarita de Lorena, viuda (†1521). Duquesa de Alenzón, Francia, que al enviudar abrazó la vida religiosa en un monasterio de Clarisas que ella misma había edificado.

3. San Martín de Porres, religioso (†1639 Lima, Perú).

San Berardo, obispo (†1130). Perteneciente a la noble familia de los condes de Marsi y Sandro, se hizo benedictino en Montecassino. Elevado a la sede episcopal de la diócesis de Marsi, Italia, a los 30 años, luchó contra la simonía, se dedicó a la restauración de la disciplina eclesiástica y protegió a los pobres.

4. San Carlos Borromeo, obispo (†1584 Milán, Italia).

Beata Elena Enselmini, virgen (†1231). Recibió el hábito de manos de San Francisco y tuvo como director espiritual a San Antonio de Padua. Aquejada de una penosa enfermedad, dio heroicas muestras de resignación.

5. Beato Gómidas Keumurgian, presbítero y mártir (†1707). Nacido y ordenado en la Iglesia de Armenia, sufrió mucho y fue degollado en Constantinopla por mantener y propagar la fe católica profesada en el Concilio de Calcedonia.

6. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Winoco, abad (†c. 716). Discípulo de San Bertino, en el monasterio de Sithieu. Más tarde construyó el monasterio de Wormhout en Francia.

7. San Vicente Grossi, presbítero (†1917). Fundó en la diócesis de Cremona, Italia, el Instituto de las Hijas del Oratorio.

8. San Adeodato I, papa (†618). Amó a su clero y a su pueblo con admirable sencillez y sabiduría.

9. Dedicación de la Basílica de Letrán.

Santa Isabel de la Santísima Trinidad, virgen (†1906). Desde niña buscó, en lo más íntimo de su corazón, el conocimiento y la contemplación de la Santísima Trinidad. Murió a la edad de 26 años en el Carmelo de Dijon, Francia.

10. San León Magno, papa y doctor de la Iglesia (†461 Roma).

Francisco Lecaros

San Leopoldo el Piadoso - Catedral de San Miguel, Bruselas

San Baudelino, ermitaño (†s. VIII). Fue favorecido con los dones de milagro y profecía. Falleció en Villa del Foro, Italia.

11. San Martín de Tours, obispo (†397 Candes-Saint-Martin, Francia).

San Teodoro Estudita, abad (†826). Superior del monasterio de Studion, Constantinopla, que fue escuela de sabios, santos y mártires víctimas de la persecución iconoclasta.

12. San Josafat, obispo y mártir (†1623 Witebsk, Bielorrusia).

San Diego de Alcalá, religioso (†1463). Franciscano español que destacó por su humildad y caridad en la asistencia a los enfermos, tanto en las islas Canarias como en el monasterio de Santa María de Araceli, de Roma.

13. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Maxelindes, virgen y mártir (†670). Asesinada a espada por su pretendiente, en Cambrai, Francia, por haber elegido a Cristo como su esposo.

14. Beato Juan Liccio, presbítero (†1511). Religioso dominico, se distinguió por su infatigable caridad para con el prójimo, su compromiso en la propagación del rosario y la observancia de la Regla. Murió en Caccamo, Italia, a la edad de 111 años.

15. San Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia (†1280 Colonia, Alemania).

San Leopoldo, laico (†1136). Príncipe austríaco apodado «el Piadoso». Es venerado como el patrón de Austria.

16. Santa Margarita de Escocia, reina (†1093 Edimburgo, Escocia).

Noviembre

Santa Gertrudis, virgen (†1302 Helfta, Alemania).

Santa Inés de Asís, virgen (†1253). Hermana menor de Santa Clara, vivió con ella en el convento de San Damián y la ayudó en la fundación de la Segunda Orden Franciscana.

17. Santa Isabel de Hungría, religiosa (†1231 Marburgo, Alemania).

San Lázaro, monje (†c. 867). Nacido en Armenia, se hizo monje en Constantinopla. Fue un gran pintor de imágenes sagradas.

18. Dedicación de las basílicas de los santos Pedro y Pablo, apóstoles.

Beato Grimoaldo de la Purificación, religioso (†1902). Hermano pasionista aquejado de una grave enfermedad mientras se preparaba para el sacerdocio. Murió santamente a la edad de 18 años en Ceccano, Italia.

19. Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires (†1628 Caibaté, Brasil).

Santa Matilde, virgen (†c. 1298). Religiosa de sublime doctrina y humildad, fue maestra de Santa Gertrudis la Grande en el monasterio de Helfta, Alemania.

20. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

San Silvestre, obispo (†c. 520-530). Prelado de Chalon-sur-Saône, Francia. A los cuarenta años de sacerdocio, lleno de días y virtudes, fue al encuentro del Señor.

21. Presentación de la Santísima Virgen María.

San Gelasio I, papa (†496). Aclaró a fondo las competencias de los poderes temporal y espiritual y su mutua independencia. Murió paupérrimo, debido a su gran caridad en socorrer a los pobres.

Syrio (CC by-sa 4.0)

Santa Margarita de Escocia - Catedral de San Egidio, Edimburgo

22. Santa Cecilia, virgen y mártir (†s. inc. Roma).

San Ananías, mártir (†345). Murió como consecuencia de las terribles torturas sufridas durante la persecución del rey Sapor II, de Persia.

23. San Clemente I, papa y mártir (†s. I Crimea).

San Columbano, abad (†615 Bobbio, Italia).

Beata Enriqueta Alfieri, virgen (†1951). Religiosa de las Hermanas de la Caridad de Santa Juana Antida Thouret, que ejerció su apostolado entre los presos de Milán, Italia.

24. Santos Andrés Dung-Lac, presbítero, **y compañeros,** mártires (†1625-1886 Vietnam).

San Porciano, abad (†d. 532). Siendo joven esclavo buscó refugio y la libertad en un monasterio de la región de Clermont-Ferrand, Francia, en el que se hizo monje y donde llegó a ser abad.

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (†s. inc. Egipto).

San Moisés, presbítero y mártir (†251). Junto con el colegio presbiteral, se ocupó de la Iglesia después del martirio del papa San Fabián. Pasó mucho tiempo en la cárcel antes de dar testimonio con su propia sangre de su fe en Cristo.

26. Beata Cayetana Sterni, viuda (†1889). Enviudó muy joven y fundó la Congregación de las Hermanas de la Divina Voluntad para asistir a los pobres y enfermos.

27. I Domingo de Adviento.

San Virgilio, obispo (†784). Monje irlandés nombrado obispo de Salzburgo, Austria. Construyó la catedral de San Ruperto y trabajó para difundir la fe en la región.

28. Santa Teodora, abadesa (†980). Discípula de San Nilo el Joven y maestra de vida monástica, fallecida cerca de Rossano, Italia.

29. San Francisco Antonio Fasani, presbítero (†1742). Religioso franciscano fallecido en Lucera, Italia. Fue un hombre de gran sabiduría, sólidamente arraigado en la práctica de la predicación y la penitencia.

30. San Andrés, apóstol.

Beato Ludovico Roque Gientyngier, presbítero y mártir (1941). Ejecutado cerca de Múnich, Alemania, durante la ocupación militar de Polonia.

Humilde ante la Grandeza, materna con el pecador

La Santísima Virgen tiene representadas en esa imagen su sencillez para con Dios, nuestro Señor, y su sempiterna solicitud para con el hijo suplicante.

Carolina Amorim Zandoná

En medio de los mil y un problemas, dificultades y aflicciones en los que nos vemos envueltos, ¡cuántas veces no habremos buscado un poco de aire fresco! Pero en un mundo que regurgita agitación y violencia, ¿dónde encontraremos aliento? «Voz de Cristo, voz misteriosa de la gracia que resonáis en el silencio de los corazones, vos murmuráis en el fondo de nuestras conciencias palabras de dulzura y de paz».[1] ¡La gracia divina! He aquí la única capaz de proporcionarnos la verdadera tranquilidad de conciencia, paz de alma y dulzura de espíritu.

La gracia, ese preciosísimo don de Dios, posee un sagrario del cual rebosa y se derrama sobre todos los que la desean: ¡María Santísima! «Dios Padre juntó todas las aguas, y las denominó *mar*; reunió todas sus gracias, y las llamó *María*».[2]

Un versículo del cántico evangélico del magníficat proclama la causa de las incontables maravillas de las que Nuestra Señora se hizo receptáculo y dispensadora: *Ha mirado la humildad de su esclava; desde ahora me felicitarán todas las generaciones* (cf. Lc 1, 48). La Virgen Inmaculada se despojó por completo y se conservó sin la más mínima sombra de ambición; por eso el Altísimo pudo llenar su alma de preciosos e inigualables torrentes de gracia, signo de su amor.

Desde esta perspectiva, la imagen de Nuestra Señora de las Gracias descubre las relaciones que Ella tiene tanto con el Creador como con las criaturas.

Simplísima, su vestido no permite adornos; está representada tal y como se presenta ante Dios. María Santísima se reconoció impotente ante el Todopoderoso, humilde ante la Grandeza, una nada ante aquel que lo es todo.

Al mismo tiempo, sin embargo, se puede entender la manera como el Señor la revela a la humanidad: desbordante de gracias, riquísima de todos los dones, siempre acogiendo «con los brazos abiertos, con una sonrisa en los labios, impregnada de una invitación amorosa para que nos acerquemos y convivamos un poco con Ella».[3] Es la mediadora de las dádivas celestiales, Madre de los que suplican favores, de los miserables, de los afligidos, de aquellos que necesitan su victoriosa intercesión.

Otro notable aspecto de la imagen es su albura. Se muestra enteramente blanca, porque nutre las más puras intenciones. Por otra parte, nos da una idea de luminosidad, de alguien que baja desde muy alto, mientras el gesto de sus manos nos indica su cercanía y que está deseosa de hacerse presente para favorecer y colmarnos de bienes, con intimidad maternal, majestuosa y amiga.

¿No está de acuerdo, querido lector, en que la postura de la Soberana del universo manifiesta una ligera inclinación hacia el fiel que se halla a sus sagrados pies? De rodillas, ante Ella, sentimos la solicitud sempiterna que se desdobla sobre cada uno —por muy pecador que sea—, predispuesta a levantarnos, a envolvernos con su manto de seda, a cubrirnos de afectuosísima ternura y a hacer que rebose el amor de su Inmaculado Corazón.

Entreguémonos, por tanto, confiantes hasta el extremo, en las manos de esta augusta Reina, tan rica de todos los dones, pero al mismo tiempo nuestra Madre, tan íntima y continuamente pronta para atendernos en todas las necesidades. ✧

---

[1] SAINT-LAURENT, Thomas de. *O livro da confiança*. São Paulo: Retornarei, 2019, p. 13.

[2] SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 23.

[3] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «27 de novembro de 1830: Uma porta do Céu se abriu para o mundo». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año VIII. N.º 92 (nov, 2005); p. 25.

Timothy Ring

Imagen de Nuestra Señora de las Gracias - Casa Præsto Sum, de los Heraldos del Evangelio

San Clemente Romano, de Silvestro dei Gherarducci - Biblioteca Británica, Londres

Reproducción

La caridad nos une a Dios

¿Quién podrá describir el vínculo de la caridad de Dios? ¿Quién será capaz de expresar la perfección de su belleza? Es indescriptible la altura a la cual nos lleva la caridad, nuestra unión con Dios. La caridad cubre la multitud de los pecados, la caridad lo soporta todo, es paciente en todas las cosas. No hay nada burdo, nada arrogante en la caridad. La caridad no tolera división, no hace sediciones. La caridad lo hace todo de común acuerdo. En la caridad fueron hechos perfectos todos los elegidos de Dios; sin caridad no hay nada agradable a Dios.

San Clemente Romano